

PICHÓN^{de} INGENIERO

UNA HISTORIA DE VIDA
EN LA CUBA REVOLUCIONARIA



Fundación Ediciones

Clío

AUTOR

Jesús Eligio Castellanos Estupiñán

PICHÓN DE INGENIERO

Una historia de vida en la Cuba revolucionaria

Jesús Eligio Castellanos Estupiñán

Pichón de ingeniero

Jesús Eligio Castellanos Estupiñán (autor)

@Ediciones Clío



Maracaibo, Venezuela

2daa edición

Hecho el depósito de ley:

ISBN: 978-980-451-029-8

Depósito legal: ZU2024000124

Producción: Jorge F. Vidovic L. y Julio César García Delgado

Edición y corrección: Liset Ravelo Romero

Diseño de portada y contraportada

Diseño y diagramación: Julio César García Delgado

Las opiniones y criterios emitidos en el presente libro son exclusiva responsabilidad de los autores

Fundación Ediciones Clío

La Fundación Ediciones Clío constituye una institución sin fines de lucro que procura la promoción de la Ciencia, la Cultura y la Formación Integral dirigida a grupos y colectivos de investigación. Nuestro principal objetivo es el de difundir contenido científico, humanístico, pedagógico y cultural con la intención de Fomentar el desarrollo académico, mediante la creación de espacios adecuados que faciliten la promoción y divulgación de nuestros textos en formato digital. La Fundación, muy especialmente se abocará a la vigilancia de la implementación de los beneficios sociales emanados de los entes públicos y privados, asimismo, podrá realizar cualquier tipo de consorciado, alianza, convenios y acuerdos con entes privados y públicos tanto de carácter local, municipal, regional e internacional.

Dr. Jorge Fymark Vidovic López

<https://orcid.org/0000-0001-8148-4403>

Director Editorial

<https://www.edicionesclio.com/>

Índice general

Prólogo	9
El nido	10
Al pichón le salen plumas	21
Más plumas al pichón	60
Pichón de ingeniero	68
El vuelo del pichón	98
Epílogo	107
Glosario	109

Criterios sobre el libro “Pichón de Ingeniero.”

Una historia de vida en la Cuba revolucionaria

El libro es una joya de la narrativa testimonial contemporánea porque el autor usa un estilo lógico y coherente con frases e ideas que acaparan la atención del lector durante toda la lectura y que no hacen dudar en ningún momento de la veracidad de lo que se dice, aspecto de mucha importancia cuando es un texto testimonial de historia de vida. El texto revela que el autor es excelente comunicador pues sus ideas son claras y cuando usa frases específicas de una localidad se las ingenia para esclarecer palabras o la frase misma, con la pericia o gracia singular, que el lector disfruta y agradece.

El texto puede ser valorado de muchas maneras, según el interés o apreciación de quien lo lee. Puede parecer un libro de historia, de tradiciones populares, de experiencias personales..., porque lleva dentro mucha sabiduría, y también tiene la magia de mover al lector por distintos estados emocionales ya que puede sufrir, gozar y reflexio-

nar, y ante cada párrafo dejado atrás lo incentiva para continuar leyendo.

El autor sabe muy bien narrar sucesos y anécdotas, además ha vivido mucho, ha transitado por varios lugares y se ha desempeñado en diferentes roles, lo cual hace bien interesante lo que narra y explica, pues es, también, un pedagogo que conoce lo que no le puede faltar al lector para que disfrute la lectura. Con su estilo el autor hace reír, incluso a carcajadas, enseña y logra la reflexión del lector, de manera magistral, a través de una realidad que él no creó, sino que la vivió intensamente y que interesantemente la regala al lector a través de las páginas de Pichón de ingeniero.

Dado en Santa Clara, Cuba a los 14 días del mes de abril de 2024.

M. Sc. Lic. Leonardo Albeo Valdés Ferrer
Director del Museo- Sitio Acciones contra el Tren
Blindado.
Santa Clara. Cuba

Prólogo

Hay hechos que nos marcan para siempre y ayudan a conformar nuestro carácter y afianzar nuestros principios. En mis memorias se entremezclan recuerdos de una infancia pobre y el aliciente de una Revolución naciente con una adolescencia turbulenta, debatiéndose entre decisiones familiares y personales y la nostalgia de estar lejos cumpliendo deberes entre peligros y amenazas. Cuando todo parece terminar comienza en edad adulta, con nuevos bríos de adolescencia, rememorando sucesos y creando distancias aún mayores, llevando luz a otros mundos. Estos hechos que narro son verídicos, no sé si recreados y adulterados al convertirse en recuerdos, pero están ahí, latentes, vivos, aflorando en cada momento de mi existencia.

Fue al matricular en la universidad cuando mi tío, el más viejo, comenzó a llamarme “Pichón de Ingeniero”. Al principio fue un juego, pero después fue un sobrenombre que me marcó de por vida y que sirvió de guía e inspiración a muchos de los hechos más relevantes de mi vida.

El nido

Cerca de Calabazar de Sagua, pero en un lugar muy intrincado, rodeado de fango por todas partes, se encuentra Caunao. Para muchos es posible que estasseis letras signifiquen poco, pero para aquellos que, como yo, vivieron allí los primeros años de su vida, Caunao significa hambre y plenitud, miseria y riquezas, tristezas y alegrías, amistad y amor, y, sobre todo, recuerdos, muchos recuerdos.

—¡Ay Virgencita de la Caridad! te prometo que si el niño se salva...

Era la abuela arrodillada delante de la vieja urna descolorida, regalo de mi madre unos años antes. Con las manos muy juntas miraba fijamente a la santa. Los demás, ajenos a su súplica, caminaban intranquilos de un lado a otro de la casa.

—Le puse un paño moja'o en la cabeza. Dicen que es bueno.

—Pero es que tiene tanta fiebre...

—¡Me cago en Dios! y no hay ni cómo buscar un médico.

Empezó a caer la noche y las «chismosas» luchando contra ella. Aquel día no se puso la mesa, a los más pequeños nos dieron algo de lo que sobró por la mañana, los mayores ni se enteraron de que había pasado la hora de la comida. Así pasaron los días y las noches en que los vivos lucharon contra la muerte.

Los vecinos también querían ayudar.

—Mira. Esta medicina se la dieron a la niña y le hizo bien, a lo mejor...

—Mi hijo también estuvo enfermo y se salvó casi sin medicina, na'ma' estas pastillas que le mandó el boticario... ¡Con probar no se pierde na'!

¡Al fin llegó el amanecer alegre en que los gallos cantaron como nunca y el llanto del niño se oyó con fuerza, como si anunciara que había vuelto a lavida! En los rostros felices se notaba el cansancio de tantas noches de insomnio y preocupaciones. La abuela salió del cuarto vestida de blanco. Me tomó de la mano y salió por la puerta del frente, desafiando con sus pies descalzos las piedras del camino real.

—Es pa'l velorio que ofrecí a la virgen pa'quel niño se salvara.

Y casa a casa, hombre a hombre, mujer a mujer, todo Caunao fue cooperando centavo a centavo, medio a medio...

¡Y llegó el 8 de septiembre! Las paredes de la casa lucían su nuevo traje de cal blanca, los horcones del portal esta-

ban engalanados con pencas de guano cortadas desde por la madrugada, el piso de tierra recibía su baño de “cocó” y en una esquina de la sala, con la ventana cerrada para que no entrara el viento, comenzaba a levantarse el altar tapizado de sábanas blancas. En la cima del altar, la vieja urna descolorida con su dueña más limpia y reluciente que nunca.

Cuando empezó a oscurecer se encendieron las velas y sus destellos comenzaron a proyectar en la pared la sombra de los vecinos que ya entrabana la sala luciendo sus mejores ropas.

Pronto el bullicio se apoderó de la casa que se hacía pequeña para albergar a tanta gente con ansias de fiesta.

—¡Ahí miente Ud. señor amo! ...Yo estaba en casa de yuca.

—¡Vamos a jugar a los zapatos!

Y los pies chocaban tratando de sacar del montón el buscado zapato, a ciegasy sin usar las manos. Muchos hasta bailaban al son de la música de un radio viejo, que no se sabe cómo, apareció en el comedor.

El escándalo era cada vez mayor. Unos se apilaban, empujándose, para buscar sus zapatos perdidos en el montón, mientras que otros caminaban en cuatro patas, o daban saltos para cumplir los castigos que recibían en el juego.

El abuelo sentado en su viejo taburete parecía comérselos con los ojos mientras rezongaba:

—Ya ni a los santos se respeta. Mira que esperar a que un niño se enferme pa'hacer to' esta grosería.

La abuela parecía estar en otro mundo, pero estaba allí, sentada junto al altar, mirando hacia las soleras del techo con los ojos serenos, reflejando su ignorancia con una ingenua sonrisa en la que podía leerse aquel agradecimiento:

—¡Gracias, muchas gracias, Virgencita de la Caridad!

Los dos viejos levantaron las cadenas del “chucho” y quitaron la tapa de la romana: había terminado la zafra. Ahora los hombres se alejaban por el trillo, rompiendo “diente e’ perro” y zarzas rumbo a aquella mancha oscura que marcaba el límite norte de Caunao. Empezaba el tiempo del carbón y allá iban a cambiar un poco de hambre y miseria por el hacha, el júcaro y las noches en vela del horno de carbón en el monte Pimienta.

Primero el día, de noche a noche, hacha contra palo y contra tiempo derrumbando monte para hacer el horno; después la quema, día y noche velando para que no “se vuelle” y vuelta a empezar y seguir hasta el final que no llega. Y el almuerzo frío, si es que hay o si alguien lo trae. Un día ese alguien fui yo. Muy serio que me dijo el abuelo:

—Ya estás grande y puedes ayudar. ¡Bastante falta que hace! To’ los días cuando salgas del colegio, tú nos vas a llevar el almuerzo.

Y así fue. Todos los días yo montaba en la yegua y con tremendo cacharreo delatas y pomos, cogía rumbo a Pimienta con el bocado y el aliento para los que ya esperaban a la sombra del rancho.

Recuerdo que aquel día los tíos salieron temprano para el batey a vender el carbón y solo el abuelo continuaba cortando para no detener el ritmo del trabajo.

Al llegar al rancho el abuelo aún no había regresado y con miedo de verme solo en aquel monte oscuro y caluroso decidí buscarlo. Otras veces me había guiado por el ruido del hacha, pero en ese momento todo era silencio, ni siquiera los pájaros cantaban. Llamé con todas mis fuerzas y nada. Corrí por el camino que marcaban los júcaros cortados. Grité.

No sé si fue un ¡Aquí! o un ¡Ay! Lo encontré allí boca arriba atrapado bajo un júcaro grande que le apretaba la espalda contra la tierra caliente.

Me arrodillé y le toqué la frente. Estaba frío a pesar de que sudaba y sus ojos siempre vivos, ahora estaban turbios.

—Cuida a la abuela... y pórtate bien en la escuela pa' que aprendas y pa' que cuando seas grande no lleves la vida que llevó tu abuelo.

Su voz fue bajando hasta parecer el susurro de un viento suave enredado en los árboles del monte Pimienta.

—Lo que más agradece un guajiro —de eso puede estar seguro— es que el día antes de su cumpleaños lo despierten al son de una alegre tonada con una décima compuesta para él. Las puertas se abren como una sonrisa en la oscuridad y siempre aparece ron o vino, tres, guitarras y voces que entonan su canto sencillo, pero sincero.

Lo había oído muchas veces, por eso desde el primer momento sospeché que los tíos iban a dar una serenata.

Aquellos cuchicheos:

—¿Le avisaron a Marrero?

—Sí, ya lo sabe y el hermano también. Van a traer las guitarras.

Sin que los demás se dieran cuenta me puse a averiguar y al fin lo descubrí. Pronto sería el cumpleaños de la abuela. ¡Le iban a dar una serenata!

Cuando llegó aquella noche todos nos acostamos como de costumbre, pero ellos no dormían. Yo los oía secreteamdo.

—¿Ya?

—No, todavía no se ha dormido. Es muy temprano.

Poco a poco se fueron levantando y saliendo por la puerta del fondo, yo me quedé tranquilo para no estorbar y porque no quería hacer ruido en la oscuridad que pudiera despertar a la abuela.

Al fin sonaron las guitarras y la voz de la tía surgió limpia y clara, rompiendo con su agudeza de cristales el silencio de la noche:

*Una madre es una santa
que con cariño prolijo
llora cuando llora el hijo
y ríe si el hijo canta
su eterno amor se agiganta
de un segundo a otro segundo*

*es el más puro del mundo
el más firme el más cordial
el más sincero y leal
y el más hermoso del mundo.*

Me tiré de la cama y corrí al cuarto de la abuela. Ya la “chismosa” estaba encendida. Me acerqué y la besé en la frente, la ayudé a levantarse y fuimos juntos hacia la puerta. La abuela quitó la tranca y todos se fundieron en abrazos y felicitaciones.

Ella se sentó y los poetas improvisados cantaron a sus años, al bienestar que sentían a su lado y a la alegría de aquella noche.

Aquella serenata no tuvo ni ron ni vino, pero no hizo falta, las canciones salieron alegres. ¡Se cantó de verdad!

El sueño fue venciendo, las voces fueron bajando, las guitarras volvieron a su puesto. Reinó de nuevo la noche.

Me acosté en la cama del tío, pero por los movimientos continuos y la respiración cortada y poco profunda, me di cuenta que no dormía. Los dos estábamos despiertos.

Lo sentí levantarse tratando de no hacer ruido y sentí mi cara entre sus manos, mientras escuchaba su voz como si viniera de muy lejos:

—No digas nada a nadie, solo tú lo sabes. Me voy, pero cuando regrese toda lavada será tan feliz como esta noche.

Era costumbre en Caunao despedir el año en el salón de los tíos. Aquel baile era una forma más de hacer dinero.

¿Por qué? ...Bueno, el salón era de la familia, el puerco lo criaba y vendía el abuelo, la bebida la traían del pueblo y la música... La música la hacían los tíos con su conjunto. Razón tenía el viejo Julio al decir que de su casa oía el contrabajo que armoniosamente repetía “to’queda aquí”.

Pero ese año el baile era distinto, era de día porque los rebeldes del monte Pimienta decían que de noche era muy peligroso, que de un momento a otro podían aparecer los “casquitos”, aunque desde el 23 en Calabazar no quedaba ni uno. De todas formas el baile debía acabar cuando empezara a oscurecer.

Los pocos vecinos que vinieron se marcharon temprano. El salón quedó desierto, pero también quedaron sin vender bebidas, puerco, empanadas. ¡Fue un desastre! Con cara de descontento los dueños recogieron los sobrantes con la esperanza de venderlos el día primero.

Salió el sol en Caunao al tiempo que un murmullo se iba haciendo eco por todas las casas del batey.

—¡Se fue Batista!

¡Había salido el sol en toda Cuba!

La gente salía al camino y se abrazaban como si aquel fuera el primer día de lavida.

Por la tarde el salón comenzó a llenarse de gente. ¡Eso sí era una fiesta! Noera aquella fiesta particular donde unos recibían el beneficio, era una fiesta de todos. ¡Era la fiesta de un pueblo! Sonaron los primeros acordes de la músicay la voz del tío cantó más firme que nunca. Era una

voz nueva, la voz de un pueblo vestido de barbas y trajes verde olivo.

Hay cosas que no se olvidan, aunque pase el tiempo. Cosas que llevamos a todas partes como algo nuestro y que muchas veces cuando más fatigados estamos nos animan a seguir andando. Por eso cuando alguien reniega de su vida de maestro, yo —aunque a veces no lo diga—, revivo aquel manojito de cosas que se suceden con o sin orden en mi memoria y que más de una vez me han servido de aliento.

—¡A mí sí que no me extrañó cuando me lo dijeron! No olviden que yo la vi crecer entre ustedes y llegar cada día a la escuela intentando tapar con las libretas los remiendos de su saya.

Miré la cara del hombre que hablaba queriendo recordarlo. Sus ojos parecían dejar los marcos y retroceder en el tiempo para mirarme desde el aula de mis recuerdos. El bigote, matizado ahora de blanco, y las arrugas que remataban párpados y labios contrastaban con aquella cara lisa y afeitada que tenía delante preguntándome por la tarea que había quedado olvidada. Repetí poco a poco su castigo y volví a pararme delante de los demás y apoyado en la mesa, su mesa, escribí las oraciones y saqué las cuentas mientras los demás se apuraban en mostrarle las suyas.

-Recuerdo como ya mayor iba todos los días al pueblo para poder estudiar, bajo el sol y bajo el agua, saltando las piedras del callejón para no caer en el fango y subir la loma arrastran-

do la pesada carga de miseria para bajarla a veces de noche y con la liviandad que da el estómago vacío a la débil luz de una chismosa, gastar su vista en largas noches de estudio.

La luz del sol mañanero se nubló dando paso a dos siluetas que sin pedir permiso irrumpieron la tranquilidad del aula.

—Maestro, tiene que acompañarnos.

—Esperen a que termine. ¿No se dan cuenta que están interrumpiendo una clase?

—Mira el gallito e' Santa Clara ¿Quién te has creído que eres? Vamos

¡Andando!

Y cogiéndolo entre los dos lo empujaron hacia la puerta y después, uno por cada lado, lo montaron en un yipe¹ que esperaba afuera.

Los gritos de nosotros se mezclaron con el murmullo de la gente de la tienda y de otros vecinos que salieron a ver qué pasaba.

Por la noche, la tía trajo del pueblo la noticia de que lo habían soltado, pero después de darle una “mano e' palo”. Dijo que lo habían visto coger la guaguade Santa Clara y otras cosas, que por lo bajo del tono, no pude entender.

El caso es que el maestro no volvió y la escuela la cerraron.

Desde aquel día veía cada mañana como la pareja de la guardia rural pasaba a lo largo del camino real de Caunao

1 Cubanismo que identifica el vehículo locomotor marca Jeep

y ni siquiera miraban la vieja escuelita de guano. No les importaba que estuviera cerrada.

—También me enteré que fue para Santa Clara. La supe en la Escuela Normal para maestros poniendo su esfuerzo y su dignidad ante el alto precio de las plazas para estudiar y la imaginé corriendo entre sus compañeros delante de la policía, con carteles de “Abajo Batista” y el pecho siempre listo para gritar por la libertad robada.

Recuerdo toda la familia reunida alrededor de la tía que leía la carta mientras la foto pasaba de mano en mano. Decía que había estado en la Sierra y que por eso no escribía, que ahora trabajaba en la Dirección de Educación y que vendría a vernos cuando tuviera tiempo. Felicitaba a la tía por sus éxitos en los estudios y deseaba que los más pequeños pudiéramos también estudiar, porque ya había oportunidad para todos. La foto llegó a mis manos. Lo vi con sus barbas y su traje verde olivo y quise ser grande yo también para tener un brazalete con un 26 como aquel.

-Y la imaginé, al fin maestra, marchando a donde hiciera falta, cerca o lejos, a pie o a caballo. Por eso cuando me dijeron que no la iba a ver porque estaba en Oriente con tantos jóvenes vestidos de gris y verde alumbrando con su farol el camino de las letras, no me extrañó, por el contrario, dije: Esa es mi alumna ¡La maestra!

Al pichón le salen plumas

El acontecimiento que con mayor fuerza marcó a los jóvenes de mi generación fue, indiscutiblemente, la “Campaña de Alfabetización”. Durante todo el año 1961, brigadistas “Conrado Benítez”, alfabetizadores populares y maestros voluntarios, se lanzaron a las calles y a los montes con un objetivo fijo: enseñar al que no sabía. No importaba quiénes, solo importó el hecho. Allí fuimos todos “con el libro en alto”, sin reclamar prebendas, ni medir el riesgo.

Frente a mí la gran extensión de arenas blancas y aguas cristalinas de la playa de Varadero, conceptuada como la mejor playa de Cuba y destinada, hasta el momento, solo a personas con recursos y solvencia económica. Muchos me habían contado, pero no es lo mismo tener la experiencia propia de enfrentarse a aquel paraíso. Nunca imaginé tanta satisfacción, no solo por la belleza natural que se abría ante mis ojos, sino por la victoria obtenida frente a todo el bloque familiar que se oponía a la decisión que yo, con mis escasos doce años, había tomado.

Que si aún no había cumplido trece años, que si era todavía un vejigo, que corría el riesgo de enfermar lejos de la

casa y no sé cuántas cosas más, todas a favor de mi salud y mi estabilidad, pero ninguna consistente con el compromiso que yo consideraba establecido y estaba dispuesto a cumplir. No sé cómo lo logré, pero al final, mi decisión se impuso y allí estaba junto a muchos conocidos y a otros con los que compartía por primera vez.

El régimen era bastante fuerte debido a la intensidad del entrenamiento para el manejo de la cartilla y el manual, herramientas para el trabajo futuro, la práctica de deportes para mejorar nuestras condiciones físicas, pero siempre con algunos momentos de recreación propios de la zona de playa y del clima del verano.

Once días fueron suficientes para cumplir el fin previsto. Después nos enteramos que los que nos precedieron habían estado menos tiempo y ya estaban cubriendo los lugares más necesitados y también más lejanos, sobre todo de la zona oriental del país.

Al fin, llegó el día esperado del final del entrenamiento. La noticia que nos dieron un poco nos sorprendió, pero en parte también nos alegraba: Ya las zonas más intrincadas estaban cubiertas en lo fundamental y nos regresaban a nuestras regiones donde también hacía falta nuestro trabajo. Muchos de mis compañeros y yo cubriríamos la zona de Sagua la Grande, que en aquel momento era una de las regiones más importantes de la provincia de Las Villas. En Sagua, también había analfabetos y muchos vivían en zonas bastante intrincadas e inhóspitas.

A lo largo de mi vida he tenido muchos mote, por el tamaño, por el carácter, en realidad no sé cuántos, muchos. Pero uno de los mote que más recuerdo es aquel con que me bautizaron los niños de la casa. Desde que llegué se referían a mí en tercera persona y yo era “el muchachito”. Mucho trabajo dio que alguna vez me hablaran en primera persona y me dijeran mi nombre.

Sabía que era un muchacho, con mi edad y mi apariencia quién podría negarlo. Pero tan consciente como era de mi edad y mi tamaño no me gustaba que me lo repitieran con tanta frecuencia. Me gustaba hacer cosas que demostraran madurez. Por eso fui a alfabetizar. Aquel año 1961 más de cien mil “muchachitos” como yo nos decidimos a invadir toda Cuba cambiando la posición en el aula, a subir al estrado del maestro aunque fuera en la loma más alta o en el bosque más intrincado.

Yo me miraba y pensaba si sería de verdad el muchachito que ellos veían en mí. Traté de tomar una actitud de aceptación pero con hechos que demostraran que ya yo era un hombre. Me levanté temprano, trabajé lo que pude en el campo según me habían sugerido, por la noche di mis clases tratando de que me entendieran cada vez mejor. Todo aquello era cosa de hombres.

En cierta forma yo tuve suerte, la casa a la que me asignaron era amplia, sus habitantes vivían con una economía bastante holgada, sin las penurias que vi en otras casas ve-

cinas. La familia la conformaban un matrimonio, un viejo viudo, dos niños de menos de siete años y un hijo mayor que en esos momentos prestaba servicios en el ejército y estaba lejos. Yo pude ocupar su cuarto y mi espacio era bastante amplio. No tuve que usar la hamaca, aunque desde el principio insistí en colgarla en algún lugar del cuarto.

Me asignaron cinco personas para alfabetizar, eran los tres mayores que vivían en la casa y un matrimonio vecino, por cierto, bastante viejos. Después de la comida se encendía el farol y cuando estaban todos comenzaba la clase. Yo lo hacía como me habían indicado, apoyándome en el uso del manual y la cartillay así iba enseñando y aprendiendo y cada día me sentía más seguro de lo que hacía.

La primera semana transcurrió sin nada extraordinario, solo que extrañaba un poco a mi familia, más por estar en casa ajena que por la lejanía, pues a eso ya estaba acostumbrado desde que comencé a estudiar en una escuela secundaria básica interna.

Pocos días después de mi llegada tuve que ir al centro de atención que estaba en Calabazar, el pueblo cercano, porque el farol no encendía y las clases de por la noche no eran posibles a oscuras.

Como de costumbre me levanté temprano. Caminé con mi farol, siguiendo la línea del tren hasta el terraplén para coger un vehículo que me llevara al pueblo. Un tractor con carreta me sirvió de transporte. En mi andar sentía sobre mí la mirada de muchos, no sé si por el uniforme un poco

holgado para mi talla, o por el farol que casi arrastraba al piso. Es posible que hasta por el tamaño, pues sé que no muchos creían que alguien de mi edad y estatura fuera efectivo como alfabetizador. De todas formas sentía aquellas miradas e imaginaba —¿por qué no?— que todos los que me veían iban pensando y, tal vez, muchos diciendo: Ahí va el muchachito.

Llegué a la oficina de atención con el farol. Lo revisaron, necesitaba ajuste y una camiseta nueva, me dijeron que esperara que yo mismo podía llevarlo de regreso y me decidí a dar una vuelta por el pueblo para hacer tiempo. Caminé sin rumbo, en realidad el pueblo era pequeño y no tenía mucho que conocer, almenos de día. Un pequeño río que lo atravesaba, un puente en la calle central, algunas tiendas y otros mercados que para mí no reportaban mucho interés. Alrato regresé para no retrasarme mucho y volver muy tarde porque no era aconsejable estar descarriado sin necesidad.

Ya el farol estaba listo, pero no era todo, me dijeron que esperara, que debía acompañar a alguien que había llegado y lo ubicarían cerca de la casa dondeyo estaba asignado.

Me dio la impresión que había caído del cielo. Se paró delante de mí como esperando que la invitara a andar y yo sentí la sensación de que me miraba como a un “muchachito”.

Caminamos por el terraplén en el sentido contrario al de por la mañana, esperando tener la suerte de encontrar un transporte más rápido, pero nunca apareció. Por el camino

me contó algunas cosas. Era de La Habana. Estudiaba en una secundaria básica y sus padres no querían que se fuera a alfabetizar. Esperaba adaptarse rápido, aunque nunca había salido sola de su casa.

La presenté a los dueños de la casa donde había sido asignada y les expliqué a todos que a partir de ese momento ella sería su nueva maestra y que ya no tendrían que ir por la noche hasta mi casa.

Cuando la dejé me miró como pidiendo apoyo y me pareció ver sus ojos un poco húmedos. Miré hacia atrás y la vi levantar su mano en señal de despedida. Me dio la impresión de que algo de mí se quedaba con ella. Yo estaba seguro que al otro día la volvería a ver.

Se fue haciendo común en mí verla a diario. Cuando no la veía la extrañaba y tenía deseos de ir a buscarla. Me percaté de que ella también me buscaba y llegó el momento que tratábamos de estar juntos el mayor tiempo posible, a veces con el pretexto de preparar las clases o de ponernos de acuerdo en los temas orientados respecto a la impartición.

A partir de ese momento conocí el sentido de un beso o de una erección. Me di cuenta que estaba dejando de ser “el muchachito”.

Los recuerdos se me agolpan sin orden, quiero hablar de todos pero no sé si lologre. Desde el inicio de la Campaña de Alfabetización teníamos muchas expectativas y también muchas metas.

No era fácil vivir con la zozobra de una amenaza constante sobre nuestras vidas, mientras tratábamos de dar lo mejor en el trabajo diario. En nuestro territorio solo hubo tensiones, pero en otros lugares sí se contaron hechos de sangre. En el Escambray hubo atropellos y vidas perdidas; en el norte de Las Villas también hubo bajas en la contienda. Nuestra guerra tuvo héroes, siempre serán recordados Ascunce y Delfín. El primero fue Conrado, de él heredamos el nombre de nuestra brigada.

Mientras existieran los alzados y los bandidos no estábamos seguros.

El alfabetizado demostraba su aprendizaje dirigiendo una carta a Fidel escrita por ellos mismos, con la menor ayuda posible. La carta se enviaba por canales oficiales para garantizar su recepción a la instancia correspondiente.

Dos cartas salieron espontáneamente, la tercera me costó un poco más, pero también salió. En ellas se hablaba del agradecimiento, de pasado y de futuro y en general se celebraba la idea de haber realizado todo este esfuerzo para que todos pudieran alcanzar esa luz tan necesaria.

Los vi escribir con bastante esfuerzo, pero comprendí lo beneficiosa de nuestra labor y quedé complacido con los resultados obtenidos, a pesar de las vicisitudes pasadas.

Un tren de caña con una larga fila de coches y techo de guano fue el transporte hacia La Habana. Era una travesía que salió de la zona oriental y que iba recogiendo, en las

capitales de provincia, a los protagonistas de la acción terminada.

A lo largo del camino, el saludo de los vecinos de todas las regiones y las muestras de afecto y cariño hacia nosotros. En aquella caravana se movía el futuro. ¡Era un tren cargado de sueños!

¡Al fin La Habana! Solo la conocía en fotos pero nunca imaginé que fuera así en realidad. Amplias avenidas, grandes edificios, ruido ensordecedor, tráfico impensable y el mar al alcance de la mano.

Como desenlace final inundamos la gran plaza. Aquello fue un desborde de alegría. Íbamos a celebrar nuestro triunfo. Era la primera vez que vería de verdad a Fidel, no en la *Bohemia* ni en el periódico, si no en vivo, delante de nosotros.

Cargábamos lápices, cartillas y manuales gigantes para enseñar al mundo nuestras potentes armas de guerra.

Nuestra risa, nuestros cantos y nuestros gritos desbordaron los límites de la plaza que por aire y por mar trascendieron las fronteras del país, para que en otros lugares conocieran de aquella hazaña.

—Fidel, Fidel... dínos qué otra cosa tenemos que hacer.

Aún vibraba en nuestros oídos aquel coro de voces, que como una sola estremecía la Plaza habanera y ya escuchábamos nuevas palabras: Café, Oriente...

Era el mes de septiembre de 1962, una nueva tarea se ponía en manos de la juventud: recoger el café que ya comen-

zaba a madurar en las montañas orientales con el riesgo de perderse. Seríamos muchos los estudiantes, que renunciando a las vacaciones, partiríamos en busca de nuevas experiencias en aquella memorable época de finales del año 1962.

Bulla, risas, llanto, abrazos, manos levantadas que se pierden en la lejanía y aquellos obligados consejos.

—Cuídate, no te mojes.

—Escribe todas las semanas.

Todo iba siendo suplantado por aquel pegajoso ‘Cha cha cha bururú cha cha cha’ que casi era un himno de combate por aquella carretera que nos llevaba hasta Santa Clara, para de allí partir hacia nuestro objetivo.

Nos concentraron en la Universidad Central. Almorzamos y después tuvo lugar un acto de despedida en el cual se recalcó la seriedad de aquella tarea que nos encomendaban y muchas cosas más que las muestras de entusiasmo y la deficiente amplificación impedían oír exactamente.

Ya casi de noche nos llevaron hacia lo que sería nuestro vehículo locomotor, aquel largo tren de caña con ‘techito de guano’ que ya conocíamos del año anterior, pero que ahora rodaba en sentido contrario para llevarnos al otro extremo de la Isla.

Una lata de jugo, una de leche condensada y unos cuadritos de chocolate serían los ‘refuerzos’, que auxiliados por un almuerzo en Camagüey, nos servirían de sustento durante el viaje.

La noche caía sobre los sencillos techos y el ruido de la locomotora y de las hamacas nos embelesaba, pero yo no dormía. Pensaba en lo que habíamos dejado atrás, en lo que encontraríamos por delante y ¡quién sabe cuántas sorpresas!

Amaneció y un hermoso panorama se ofrecía ante nuestros ojos. Ríos, barrancos, montes, llanos y un sin fin de casas y personas que saludaban nuestro paso. Ya conocía a todos en el vagón y a algunos del vagón vecino. Junto a mí, Chicho y Pedro que ya llevaban dos años estudiando conmigo y con los cuales había hecho el compromiso de separarnos lo menos posible, para aliviar en algo la nostalgia que pudiera traernos el recuerdo de nuestras casas.

La alegría con que nos despertamos fue disminuyendo a medida que el sol tomaba posesión del cielo y desapareció completamente borrada por la lluvia que azotó durante la tarde y que fácilmente batió a todos por las descubiertas paredes y por los huecos que habían abierto en el techo los que improvisaron sus ‘miraderos’ desde tempranas horas de la mañana.

Otra noche después de aquel almuerzo vespertino en Camagüey reportó pocas novedades para nosotros y el nuevo día nos encontró tirados, unos en el piso, otros en los bancos laterales y los más dormilones en las hamacas, que desde la tarde anterior imposibilitaban el paso dentro del vagón.

Ya avanzada la mañana, nos encontramos casi sin darnos cuenta, dentro de aquella ciudad no visitada por muchos

de nosotros, pero sí conocida como parte imprescindible de nuestra historia. ¡Habíamos llegado a Santiago de Cuba!

Casi una hora de espera y al fin el ansiado grito de ¡pie en tierra!, respaldado por nuestro inagotable ‘cha cha cha bururú’. Unos se desperezaban, otros ya decididos saltaban a tierra. De pronto un grito, un pequeño ‘molote’, todos corrían y yo también.

Llegué tarde. Pero por suerte siempre queda alguien para contarlo:

—Yo lo vi, se tiró y cayó sobre el pie. ¡Con mochila y todo! Se lo partió por el tobillo.

¡Qué cosa aquella! Ya teníamos una baja y el combate aún no había comenzado.

Tres días de espera en Santiago fueron suficientes para aumentar nuestra impaciencia hasta el punto que la estancia se hacía casi insoportable. Colas interminables para las comidas, baños sin agua que no habían conocido de la presencia humana durante mucho tiempo, un césped pisoteado, un piano viejo y desafinado y un piso largo que por las noches quitaba el calor a las espaldas de los que lo usaban como cama.

...Y ahora aquella lenta caravana de camiones que avanzaba, primero por carreteras y después por los terraplenes que penetraban en las entrañas de la Sierra Cristal como un primer indicio de la civilización que se avecinaba.

Y así, sentados unos, de pie los más impacientes, nos acercábamos a la esperada meta. Unos fumaban, otros can-

taban. Yo pensaba en las palabras de despedida de mi madre:

—Yo no quise que fueras, vas por tu propia voluntad... pero te digo una cosa:

¡‘Rajao’ no vuelvas!

¿Y por qué iba a volver ‘rajao’? Nadie hablaba de eso, todos iban conscientes de llegar al final. En fin, eran solo cuarenta y cinco días, o quizás un mes.

—¡Arriba que ya llegamos!

¿Llegamos? Solo se veían lomas, árboles y caminos, ni una casa, pero bueno, había que bajar. ¡Y bajamos!

Dos muchachas, una mulata y otra blanca, vestidas de brigadistas “Conrado Benítez” nos dijeron que ellas eran las responsables de la zona y con la misma comenzaron a distribuir el personal para formar las brigadas de trabajo.

—A ver este grupo, tú... tú. Y los fueron apartando según estaban situados.

—Ya. ¡Ustedes van para La Palma! El compañero les indicará el camino. Comenzó la formación de la segunda brigada. Fueron engrosando el grupo, uno a uno, dos a dos... Chicho, Pedro...

—¿Y yo?

—No, ya este grupo está completo. —Me paró en seco la mulata—. Tú vas para la otra brigada. Quédense aquí con el resto. Ustedes van para La Vaquería y ustedes —señaló mi grupo— para allá... Apuntó hacia lugares completamente opuestos.

Los vi partir, miré hacia lo que sería “mi brigada”. ¡No conocía a nadie! Algo extraño apretaba mi garganta, una fuerza rara me empujaba los ojos hacia afuera.

—¡Vamos! —No sé si habló la blanca o la mulata—. Ante mí las dos muchachas se fundieron en una sola mujer que me miraba fijamente. Bien conocía yo aquella mirada y aquella voz:

—¡‘Rajao’ no vuelvas!

Era aquel domingo el tercer día en el campamento y aparte del café, los cafetales, las tres casas y nuestra casita, no conocíamos más nada de la zona.

¡Ah sí! El arroyito con la chorrera donde nos bañábamos por la tarde.

Después de día y medio de trabajo aquella fresca mañana invitaba a ampliar nuestros horizontes y tras un ligero desayuno, partí, sin una dirección determinada, con dos nuevos amigos que ya había hecho.

Una vez en el terraplén, tomamos rumbo a la tienda que los demás trabajadores nos habían mencionado. La tienda reportó poco interés para nosotros, realmente a nadie en nuestra situación se le hubiera ocurrido comprar arroz o frijoles y en verdad no tenían ni dulces, ni nada por el estilo, así que como mismo entramos, salimos al ritmo de un bolero que sonaba en la victrola, cantado por Vicentico Valdés, y que después recordaría con frecuencia: “*qué puedo yo esperar de ti, si todo lo has vendido...*”.

Volviendo para el campamento encontramos un callejón que decidimos seguir tratando de encontrar La Vaquería que servía de campamento a Pedro y Chicho. Pronto encontramos un bohío, que si bien tenía aspecto de ser habitado por personas sumamente pobres, presentaba a nuestros ojos un ambiente más acogedor que la casona de tejas del dueño de la finca para el cual trabajábamos.

—Quizás aquí nos puedan orientar sobre el paradero de tus amigos.

Cuando tocamos, una voz nos contestó desde lo que seguramente era la cocina.

—Va.

Una mujer salió secándose las manos en el vestido.

—Buenos días...

—Buenos días... nos puede dar un poco de agua.

Esperamos el agua sentados como pudimos en el banco y los taburetes que conformaban el “juego de sala”. La mujer volvió con algunos jarros y una vez satisfecha nuestra sed la pregunta no se hizo esperar.

—¿Ud. pudiera indicarnos donde está La Vaquería? Es que estamos buscando a unos compañeros nuestros y no conocemos nada de la zona.

—Sí, por ese mismito callejón un poco más arriba... ustedes deben ser de los muchachos que están recogiendo café. ¡Ya aquí han ‘veníó’ algunos! Y el otro día pasaron muchos pa’ la vaquería.

—Sí, nosotros vinimos ese mismo día, pero nos ubicaron en la finca de Tin Pérez.

—¿Y les gusta esto?

—Bueno, todavía no estamos muy adaptados al...

—¡Buenos días!

Un guajiro, seguramente el dueño de la casa, nos saludaba con una amplia sonrisa, a la vez que se quitaba el sombrero.

—Mira Luis, estos son los muchachos que están recogiendo café.

—En cuanto los vi venir me lo imaginé, ya aquí estuvieron el año pasado otros, uno de ellos vivía aquí mismo y enseñó a leer a mi mujer... pero vieja hazle un poco de café, ¿qué van a pensar?

—Ay... perdonen es que con tanta conversadera... pero ya voy.

Era agradable aquella gente, solo hacía unos minutos que nos conocían y ya estaban haciendo café y hablando con nosotros como si nos hubieran conocido de toda la vida.

—Pues como les decía, ahora esto está muy tranquilo, pero antes, los guardias no nos dejaban vivir, yo estuve tres días preso porque ese mismo Tin Pérez me acusó de haber ayudado a los rebeldes, pero no sé por qué me soltaron, parece que no pudieron probar na'... aunque a ellos eso no les importaba. A un hermano mío, que vive en Mayarí, le dieron tantos golpes que se quedó hasta medio jorobao' y si ustedes...

Y así fuimos enterándonos de muchas cosas. De los rebeldes que estuvieron en la zona, de lo que había significado para ellos el triunfo de la Revolución, del hospital y la escuela que construyeron en Mayarí, de la carretera que están haciendo...

De verdad que casi llegamos a olvidar el objetivo de nuestra visita, más aun cuando la conversación estaba sazónada con algunas masitas de carne de puerco y “tostones”.

Después Luis nos enseñó “sus propiedades”. Unos cordeles de tierra donde se apretaban un platanalito, algunos cítricos, unos cuantos puercos y un caballo pinto con una montura vieja.

La visita debía tener un final y lo tuvo.

—Es que debemos estar por la tarde en el campamento pues hay una reunión con la responsable de la zona.

—Bueno, pero vuelvan. No olviden el camino.

¡Claro que volveríamos! Un camino que condujera a un lugar como aquel era difícil de olvidar.

Después del almuerzo llegó la responsable de la zona junto a otros compañeros; a las dos sería la reunión a la que habían sido invitados algunos campesinos y el dueño de la finca, Tin Pérez.

En los días que llevábamos allí no había logrado ver a Tin Pérez, pero ya sabía algunas cosas acerca de él, y no muy halagadoras por cierto. Era un hombre poco sociable, no permitía que ninguno de sus trabajadores entrara a su

casa y lo que es peor aún, les dirigía la palabra solo para hablar de trabajo y si se suma a todo esto lo que nos había contado Luis sobre el “chivatazo” no era muy buena la opinión que pudiéramos tener de él.

Comenzó la reunión en el colgadizo de la casa que nos servía de campamento. La responsable presentó a los hombres que la acompañaban; uno era el dirigente del PURS en la zona, otro el administrador de la granja vecina y, por último, el dueño de la finca. Habló de nuestro espíritu de trabajo, de la necesidad de cumplir la meta que se fijaría, pero cuidando de no dañar los cafetales. Explicó la estructura de la jefatura de la zona y de cómo podíamos dirigirnos a ella o a cualquier otro responsable, en caso de alguna urgencia, y de una reunión semanal para discutir los resultados de nuestra labor.

Después habló el dirigente del PURS, quien además de darnos la bienvenida nos explicó que algunos de nosotros, debíamos voluntariamente continuar la labor que habían comenzado los brigadistas el año anterior y enseñar a algunos campesinos por la noche.

Yo, a la vez que escuchaba, no podía dejar de mirar de vez en cuando, aquella cara redondeada con una naricita puntiaguda enchapada en una cabeza desproporcionada y que unida a un cuerpo no muy alto y sobre lo gordo, vestido con un kaki² limpio y planchado y unas altas polainas, respondía al nombre de Tin Pérez.

2 Hace referencia a un tipo de tejido muy usado en la época, sobre todo en pantalones, aunque también se usaba en camisas.

Había llegado el momento de elegir a nuestro jefe de brigada y aunque llevábamos pocos días juntos, la respuesta no se hizo esperar: Antonio Domínguez. Antonio era el más viejo de todos nosotros y desde el principio enfrentaba cualquier situación, ayudaba al campesino a repartir el trabajo y tenía buen trato con todos, de él no sabíamos nada más, pero era la mejor elección que podíamos hacer y todo el mundo aprobó la propuesta. Antonio expresó que trataría de llevar su nuevo trabajo lo mejor posible y en nombre de todos, dijo que estábamos dispuestos a trabajar bajo cualquier condición para llevar a feliz término nuestra labor. Palabras sencillas, pero que fueron acogidas con fuertes aplausos por nuestra parte.

Yo seguía el curso de la reunión pero no podía evitar que a cada rato mis ojos se fijaran en aquella figura, ciertamente me convencía más de que aquel hombre, a pesar de no haber abierto la boca en todo el tiempo, desentonaba en el grupo, era como un objeto anacrónico en el que todos nos fijábamos e interiormente culpábamos de ingenuo al que lo había colocado en la escena que protagonizábamos nosotros y que estaba impregnada de un ardiente fervor patriótico.

La reunión terminó hora y media después de haber comenzado. La responsable habló particularmente con algunos de nosotros y después de dar una vuelta por el interior del albergue y de averiguar sobre la comida y demás abastecimientos se marchó convencida de que hasta el momento no había ningún inconveniente.

Más tarde, mientras conversábamos con Antonio sobre su nueva responsabilidad y del trabajo de la semana siguiente, pudimos ver a Tin Pérez que se acercaba con una sonrisa que se notaba forzada.

—¿Qué se traerá este? —dijo alguien—. Tin separó a Antonio del grupo pero todos escuchamos lo que dijo.

—Mira muchacho, al mediodía una ternera se partió una pata y hubo que matarla, las autoridades nos autorizaron la venta. Ustedes también tienen su parte, pasen por el fondo de la casa a buscarla... ¡Ah! Son ocho pesos, pero es una buena parte.

¡Ocho pesos! Cincuenta centavos cada uno. Yo tanteé mis bolsillos; después que diera mi cuota, el capital que me quedaría no llegaba a dos pesos. ¡Y quién sabe cuánto tiempo tendrían que durarme!

Me di cuenta de una cosa: El tal Tin Pérez quería aparentar ser bueno, pero seguía haciendo daño.

Panchito era un negrito flaco, tan prieto que de él pudiera decirse que tiene unas “manos de pintura de más”. Desde el principio se destacó por su entusiasmo. Era el primero a la hora de levantarse, en apoyar cualquier decisión que se tomara en la brigada, en comenzar a trabajar. En nuestras tertulias nocturnas era el que llevaba la voz cantante; hacía cuentos que provocaban la risa de todos y era capaz de hablar de cualquier cosa y lo hacía bien. Las tertulias se caracterizaban por la variedad de temas que se trataban y

puede decirse que aunque nuestra edad promedio no rebasaba los catorce años, todos éramos alumnos de secundaria, la mayoría había participado en la Campaña de Alfabetización y el campo de nuestras experiencias, aunque corto, era bastante fértil.

Esa noche el grupo era bastante reducido; se notaban los efectos del trabajo del día, ya que la jornada se había extendido más que de costumbre. Mas, a pesar del cansancio y lo reducido del grupo no faltaban anécdotas, canciones, poesías. Solo Panchito callaba, pero nadie se percató de lo que pasaba hasta el momento de la entrada al campamento. Al levantarnos notamos que permanecía acostado con su cara reflejando la oscuridad de la noche y la respiración lenta, lo que nos hizo pensar en algo grave.

Algunos lo vieron como una broma más, otros intentaron ‘despertarlo’ sin poderlo lograr. Había que hacer algo... pero ¿qué? Eran más de las nueve de la noche y no teníamos ni siquiera un caballo. Lo cargamos como pudimos y sin pensarlo mucho salimos hacia el terraplén después de haber buscado a Antonio que ya dormía.

Pocas eran nuestras esperanzas de encontrar un carro o algo que nos llevara a Mayarí pero aunque fuera a pies había que llevarlo, nos turnaríamos para cargarlo, en realidad no pesaba tanto; descansaríamos en el camino. Improvisamos una camilla. Por lo pronto ya estábamos camino al hospital.

A los dos kilómetros, más o menos, un carro alumbró nuestras espaldas. Era un ‘yipe’. El chofer paró a la primera

señal. No cabíamos todos, nos quedamos tres. Antonio y Roberto siguieron con Panchito.

Hicimos el camino de regreso buscándole explicación al caso, pero en fin, tendríamos que esperar al día siguiente para enterarnos de lo sucedido después de nuestra separación.

El amanecer me encontró sin haber cerrado los ojos pensando en la suerte de nuestro amigo. Al fin, cuando partíamos hacia el cafetal llegó Antonio, a quien la risa casi no lo dejaba hablar. Nos contó que el médico estuvo bastante rato tratando de averiguar la causa del desmayo hasta que se le ocurrió darle un poco de café. El ‘niche’ se reanimó y dijo que tenía hambre, después contó muy en secreto que llevaba tres días casi sin comer.

El resto no tuvo que contarle, todos pasamos balance en nuestras mentes a las comidas de los días anteriores, todas eran con carne de lata. Panchito no la comía y fue incapaz de protestar y ni siquiera mencionarlo.

Así era nuestro compañero, quien desde aquel momento había perdido su nombre, o mejor dicho lo cambiaba por el de “carne e’ lata”.

Pronto confirmamos lo que su nombre nos había hecho pensar desde el principio... sus padres, de extracción acomodada, quisieron hacer honor a sus ‘ídolos’ poniéndole aquel nombre y reforzándolo con una educación a base de escuelas de curas, pero realmente el “tiro les había salido por la culata” porque el “niño” educado y de modales finos, conoció en la

secundaria a otros muchachos de su edad que le enseñaron un mundo que él nunca se había imaginado. Un día, desoyendo los consejos de sus padres, salió para Oriente y simplemente, como otro más, recogía café, se bañaba en un río, comía lo que había y todavía le quedaba energía para destruir con sus cuentos, en las tertulias nocturnas, aquella montaña de espuma donde sus padres lo habían criado.

Ese era William; sencillo, alegre, siempre entre los primeros, dispuesto cada día a ser mejor en el trabajo y así fue también el primero cuando se pidió que algunos de nosotros enseñáramos por las noches a quienes no habían tenido la oportunidad de nacer en una cuna como la suya.

Cada tres o cuatro días recibía cartas con nuevos consejos y hasta un paquete con comidas en latas, bombones y otras ‘boberías’, que fueron repartidas entretodos y de las que Panchito se alzó con la mejor parte.

Aquel domingo, el tercero de nuestra estancia en el campamento, William sería protagonista de una escena que no olvidaríamos jamás. A eso de las ocho y media de la mañana una máquina verde llegó hasta cerca de nuestro campamento; en ella venían los padres de William y contrario a todo lo que podíamos esperar venían con las manos casi vacías. ¡Venían a buscarlo!

Alegremente se saludaron, pronto se sentaron como pudieron en el mismo colgadizo de nuestras tertulias nocturnas. El tono de la conversación era bajo y no podía oírse nada de lo que hablaban. Por la expresión del rostro de

la madre podíamos imaginar que algo se discutía en lo que William no daba su brazo a torcer.

Panchito había entrado al albergue y pegado a la pared posterior trataba de oír todo lo que podía. No fue necesario, aquella última frase de William nos hizo darnos cuenta de lo que se trataba. Estaba parado firme frente a su madre, mirándola con ojos abiertos y en tono muy superior al que hasta el momento había seguido la discusión, le dijo:

—Si ustedes quieren se van. Yo nací aquí. ¡Y aquí me quedo!

Era la tercera semana de trabajo. Hasta ahora todo me había ido bien; recogía café como los demás, comía lo que comían todos, me bañaba en el arroyo y a veces iba con otros a la charca grande, un poco más distante. Por la noche también decía mis cuentos en las tertulias, que cada vez eran más concurridas, pero aquel día me sentía mal y en el trabajo no había rendido lo de otros días. Por la noche notaron mi ausencia y Panchito vino a mi hamaca. Tenía, al menos, cuarenta grados de fiebre y ya comenzaba a molestarme el dolor de garganta.

Pasé la noche con pesadillas y alucinaciones y al amanecer tomaron la determinación de llevarme al hospital, por supuesto el que se ocupaba de esta actividad era nuestro jefe, Antonio.

Cuando salimos al terraplén tomamos el camino en sentido contrario.

—Necesitas desayunar bien, me dijo.

En la tienda había ‘un desayuno’ diferente al chocolate con agua a que estábamos acostumbrados en el campamento. Allí había salchichas y jugo de tomate. A pesar de lo delicioso del cambio pensé en el grupo de muchachos que a esa misma hora esperaban, con su jarrito en la mano, a que terminara de hervir el ‘aguacaliente’ que los sostendría hasta la hora del almuerzo ¿Por qué Antonio y yo teníamos un desayuno diferente? ¿Por qué Antonio había ido primero a la tienda? Él, por su parte, había terminado y hablaba con la dependienta, pensé que sería de la factura que debía llevar al otro día para el campamento y en la que, por cierto, nunca iban ni salchichas ni jugo de tomate.

Salimos al terraplén a ver qué era el ruido desacostumbrado y vimos muchos camiones y otros vehículos con toldos de lona que no dejaban ver su contenido ¿Qué era aquello? ¿Qué iría en aquellos carros? La voz de Antonio cortó mis pensamientos. Había parado un ‘yipe’ que nos llevaría hasta el pueblo.

En el ‘yipe’ seguí pensando en los camiones, los camiones eran rusos sí... A nosotros no llegaba el periódico, no teníamos radio ¿habría otra invasión? Bueno... después de lo de Playa Girón no les quedarían muchos deseos. No obstante algo ocurría y seguro nos enteraríamos en el pueblo.

Pero... ¿qué era el paquetico que llevaba Antonio? Antes de llegar a la tienda no lo tenía ¿sería algo para el campamento? El nunca llevaba nada aparte de la factura.

Mi cabeza me parecía que iba a explotar; la fiebre, el desayuno, los camiones, el paquetico, Antonio... Antonio. Nunca se me había ocurrido pensar que salía casi todos los días; él era el jefe, pero todos los días no habría que resolver algo, además se decía que él debía dar el ejemplo en el trabajo... No, era mejor dejar de pensar en aquellas cosas, parecía que deliraba nuevamente como la noche anterior. Cuando estuviera mejor tendría tiempo para pensar con más calma y podría hablar con alguien.

—Dale que llegamos.

Era un pueblito extraño, diferente de los que conocía en el centro del país. Tenía pocas edificaciones y entre ellas resaltaban una escuela, frente a la cual nos quedamos, y el hospital que estaba un poquito más allá.

—Mire este es de los compañeros que están recogiendo café.

—Pásalo allá para que lo vea el médico. ¿Cómo estás?

Era una muchacha. Parece que Antonio era bien conocido en ese lugar.

—¡El próximo!

—¿Qué tiene?

—Fiebre, la garganta... Lo de siempre: penicilina. ¡Prepárense nalgas! Benadrilina, ASA ¡Esta era nueva! Al menos yo no la conocía.

—Esto cada doce horas, de esto una cucharada cada... ya me lo sabía, llevaba casi catorce años oyendo lo mismo cada cierto tiempo y en eso casi era médico.

—Vamos al correo. La idea de Antonio era buena. Pasaría un telegrama a mi casa diciendo que estaba bien y que esperaran carta. ¡Dos grandes y piadosas mentiras!

Antonio estaba despachando el paquetico. Ahora sí perdí todas las esperanzas de averiguar qué contenía. ¡No! Yo lo averiguaba.

—¿Qué era?

—¿Eso? Ah... un par de zapatos para mi hermanito, allá en Sagua no se ven de ese tipo. Seguro le van a gustar cantidad. Aquí se ven muchas cosas diferentes a las de allá.

—¡Ah sí! El resto de la expresión solo la pensé. Lo malo es que muchas de esas cosas la hacen “gente de allá”.

Regresamos. Por supuesto que cuando llegamos al campamento ya los muchachos estaban por regresar, pero no obstante él fue para el cafetal. Tenía que dar el ejemplo.

—Voy a recoger un poco de café.

—¿A esta hora?

—Claro, ¿qué pensarán de mí si me encuentran aquí cuando lleguen? Y se fue.

—Nilo, ¿no hay café?

—Sí, queda un poquito. Saca un cigarro que tú vienes ahora del pueblo y seguro que traes.

Nilo era el cocinero, era un poco más viejo que nosotros pero era más nuevo que Antonio. Desde el principio se ofreció para cocinar y en verdad no lo hacía muy mal. A pesar de su trabajo siempre que iba a llevar el almuerzo se ponía a recoger café y a veces volvía con nosotros.

Aunque siempre estaba separado del grupo yo había intimado bastante con él y tenía confianza suficiente para hacerle la pregunta:

—Nilo... ¿qué tú crees de Antonio?

—¿A qué viene eso? Él es el jefe, lo elegimos nosotros mismos, parece una buena persona.

Le conté todo lo que había visto y lo extraño que me parecían algunas cosas.

—Pensándolo bien, él sale mucho del campamento, aunque siempre tiene un motivo.

—Un pretexto.

—Bueno, como tú quieras, pero lo cierto es que no sabemos nada en concreto, habrá que observarlo un poco más.

—¿Pero cómo?

—No podemos correr el rumor porque si después no es cierto los que quedamos mal delante de los demás somos nosotros.

Era verdad, lo que se hiciera debía ser rápido, pero discretamente. Me acosté un rato en la hamaca pero a pesar de que no me sentía bien no pude dormir. Una idea comenzó a darme vueltas en la cabeza. Al día siguiente, Nilo iría a buscar los mandados a la tienda, podía pedir la cuenta con el pretexto de pagar la semana próxima que era lo convenido. Quizás así podría sacar algo en claro.

Lo llamé y le comenté mi idea. Todo debía hacerse con la mayor discreción. No me gustaba el método, pero no imaginábamos otro.

Aquella noche tuve pesadillas horribles y cuando me desperté vi ante mí una mano negra llena de arrugas que portaba una jeringuilla, era una vecina haitiana que se dedicaba a inyectar a los trabajadores enfermos y los muchachos la habían ido a buscar antes de irse para el trabajo. Ella misma me dio después el desayuno. Nilo había salido para la tienda y seguro demoraría algo.

Me levanté. No tenía paciencia para estar en la hamaca. Después que me vestí me senté en el quicio de la puerta. Había un movimiento extraño en la cuartería vecina. Las mujeres hablaban bajito unas con otras, parecían hormigas cuando encuentran un alimento y se avisan juntando las cabezas.

¿Qué pasará? ¿Tendría relación con los camiones del día anterior? Una de ellas pasó frente a mí.

—¡Buenos días! ¿Sucedó algo?

—Ay niño esto está muy extraño. Prendieron a Tin Pérez, el dueño de la finca. Dice que vinieron unos guardias muy temprano y nadie sabe por qué se lo llevaron.

—¿Y qué dice la gente?

—Parece que tiene relación con lo de los americanos y los cohetes rusos.

—¿Los americanos? ¿Los cohetes?

—Sí, dicen que los americanos amenazaron con venir otra vez, pero que los rusos nos van a ayudar y ayer pasaron unos camiones con armas y están haciendo un campamento pa' allá tras.

—¿Ustedes no oyeron nada por radio?

—Nosotros no tenemos, pero Juancho vino anoche de Mayarí y oyó esas cosas por allá.

No era extraño aquello y mucho menos que se llevaran a Tin Pérez, bastante sucio que estaba. Bueno, la tarea de nosotros era recoger el café y lo haríamos si no se nos orientaba otra cosa, aunque fuera debajo de las balas.

—¡Oye! Despierta y ayúdame.

Era Nilo. Parecía un árbol de navidad con su carga de sacos y latas.

—¿Cómo sigues?

—Bien. ¿Averiguaste algo?

—Dicen que los americanos amenazaron con...

—Ya. Ya lo sé. Te digo de lo otro, lo de la factura.

—Sí, eran tantas cosas que lo copié para que no se me olvidara.

—Enséñame pronto.

—Mira.

Era grande la cantidad de 'extras'. Desayunos, meriendas, ropa.

—¿Ropa?

—Dos pantalones.

¿Para quién serían? Ninguno de nosotros había dicho nada. Era larga la lista, y todo a cuenta de nosotros. No estaban los zapatos. ¡Hubiera sido el colmo!

Ahora a planificar los pasos a seguir para no fallar. Él no debía sospechar nada.

—¿Tú te atreves a cocinar?

—Nunca lo he hecho, pero si tú me dices... ¿Por qué?

—Para ir a buscar a la responsable. Ella debe estar presente a la hora de tomar cualquier determinación.

Nilo salió para el pueblo y me dejó en mi improvisado puesto de cocina. Su viaje fue rápido. Volvió con una de las responsables y entre todos llevamos el almuerzo al campo. Allí mismo se efectuaría la reunión.

Nunca me pareció tan largo el ondulado camino hacia el cafetal y más cuando pesaban sobre mi aquella caldera de “fongos” y el hecho de ser el acusador principal. Llegamos. En los rostros de los compañeros la alegría y la interrogación debido a la presencia de la responsable. ¿Pasaría algo? Ellos también conocían la situación por la que atravesaba el país. ¿Su visita tendría relación con eso?

Almorzamos en medio de aquella incertidumbre. Ellos esperando algo. Nilo y yo, conscientes de lo que estaba pasando.

Al fin terminó el almuerzo. Bueno, mi plato estaba igual que al principio. Tomé agua, miré a Nilo y a la responsable. Ellos interpretaron mi mirada.

¡Había llegado el momento! La muchacha se paró... Era la primera prueba de aquel tipo por la que pasaba, pero confiaba en que los demás con mis mismas ideas sabrían entender, además teníamos pruebas reales y capaces de convencer al más incrédulo.

—Compañeros, vinimos a plantear una situación difícil

que se ha presentado en su campamento. Cuando ustedes eligieron a Antonio como el jefe de la brigada...

Explicó con palabras claras y concisas la situación. Luego yo intervine y dije lo que sabía del asunto y, finalmente, entre Nilo y yo presentamos la factura haciendo las indicaciones necesarias. Nadie habló. La responsable volvió a tomar la palabra.

—Antonio ¿qué tienes que agregar a todo esto?

Antonio estaba cabizbajo y sus manos temblaban. Intentó ponerse de pie... no lo hizo. Cuando pudo articular palabra su voz sonaba sorda, era como si viniera de muy lejos.

—Es verdad.

Más de veinte días llevábamos en el campamento y aún no había recibido la primera carta. Mi preocupación aumentaba por momentos, sabíamos que la situación en el país estaba de cuidado y que independiente de lo que sucediera al otro extremo de la Isla nos enteraríamos mucho tiempo después, ya que estábamos prácticamente incomunicados. No teníamos radio, ni llegaba el periódico y no podíamos salir de la zona hasta tanto la situación no se normalizara.

¿Cómo estarían en mi casa? ¿Cómo estaría Juanito? A Juanito los padres no lo habían dejado ir con nosotros, él fue a despedirme, recuerdo que se le aguaron los ojos cuando mandaron a montar en las guaguas, sé que no le faltaron deseos de escaparse, pero no quería desobedecer, pensar que yo por poco tengo que hacerlo. Me hubiera tenido que

escapar. ¡Qué ejemplo hubiera dado a los demás! Yo que convencí a tantos padres para que dejaran venir a sus hijos. Estaba tan entretenido que de momento no vi el sobre blanco que se agitaba ante mis ojos.

—¡Coge bobo! Una carta de tu casa.

¡Una carta! ¡Qué salto di! La abrí, casi me la como. Rompí el sobre desesperado. Al fin noticias de la casa. Todo bien. Me parecía tenerlos a todos delante, preguntándome como estaba, que si me había gustado Oriente, que si de verdad los orientales eran gente tan desprendida como se decía por allá... Pero, ¡qué carta! No me hablaba de Juanito, ni de Mongo que tampoco pudo venir por estar enfermo. Les contestaría enseguida, debía apurarme antes que llegara la noche.

Les conté del trabajo, de los nuevos compañeros, de Luis, *el guajiro*, y de los demás orientales que conocí. Sí, pero no diría que la semana anterior había estado tres días con fiebre de la garganta y que hacía dos que no trabajaba, porque mientras recogía café en una loma muy inclinada, con la espalda casi recostada a la tierra, había rodado una piedra y me había caído en la cabeza y que por eso tenía que soportar dos puntos y un tremendo parche, además de la prohibición de comer carne, huevo, chocolate... debido al suero antitetánico, lo que significaba dos días a “fongo”, agua con azúcar y pan solamente.

Parece que al fin la buena suerte me acompañaba; llevaba quince días trabajando y no había tenido ningún otro tropiezo. Debo hacer notar que durante estos quince días no había faltado nadie al trabajo, ni siquiera Gilberto, nuestro nuevo jefe que salía bastante poco y siempre en horas que no eran de trabajo.

Las reuniones semanales se seguían celebrando y cada semana comprendíamos que nuestro trabajo mejoraba y que todos sobrepasábamos la cantidad de latas de café que nos pusimos de meta. Ya se había saldado con la tienda la deuda que nos había dejado Antonio y el dependiente volvía a tener confianza en nosotros.

Inesperadamente, una noche, llegó la responsable para avisarnos que recogiéramos todo que saldríamos al otro día por la mañana.

Seguidamente las preguntas: ¿Ya nos vamos? No llevamos cuarenta y cinco días todavía. La responsable no dijo nada, pues además de estar apurada para avisar en los demás campamentos, según ella fue una comunicación que llegó por la tarde sin ninguna explicación.

De la noche no hay que hablar mucho, larguísima, nos acostamos tarde y lo poco que quedaba lo pasamos haciendo cuentos de una hamaca a la otra. Nadie durmió. Todos pensábamos y hablábamos de la salida al otro día, otra vez familia, nuevamente la cama. ¡Nuestra casa!

Los camiones llegaron temprano y la demora para salir

fue el tiempo que empleamos en montar. Otra vez al terraplén, otra vez la carretera, otra vez el borde de los horribles barrancos ¡era un fenómeno! Desde donde cruzábamos un camión de cabina roja estrellado en el fondo del precipicio parecía de juguete. ¡Mal final de los camioneros!

Guantánamo. Una ciudad nueva para nosotros y que no recordábamos haber pasado cuando nos llevaron la primera vez. ¡Quién tuviera un mapa para ver la vuelta que dimos! Nadie tenía un mapa, como tampoco nadie supo hasta ese momento que no era el regreso. Era un simple traslado para ayudar a una región que necesitaba mano de obra.

La noticia fue acogida con naturalidad, a eso fuimos, a recoger café y mientras hiciera falta, allí estaríamos para recogerlo.

Después de una noche de descanso en un almacén de abono partimos temprano hacia el nuevo campamento, se decía que era lejos y que había que caminar mucho, pero en realidad nunca pensamos que fuera tanto.

De Felicidad a Palenque no es tan cerca y menos contando las veces que hay que pasar el mismo río; lo mismo por sobre una palma que por dentro. ¿De quién sería la idea de hacer aquel camino prácticamente sobre el río?

—¿No sería que un atravesao hizo el río después pa' que ahora nosotros pasáramos más trabajo?

La verdad es que si fue un chiste a nadie le dio deseos de reír, aunque algunos lo intentaron. El sol, las mochilas, las naranjas. Y menos mal porque fue el único alimento en

todo el día de camino. Podemos nombrarnos dichosos de que no llovió en todo el trayecto. ¡Solo eso nos faltaba!

Llegamos a Palenque. Daba la impresión de haber encontrado un paraíso en el corazón de la Sierra Cristal. ¡Qué hermoso el paisaje de fondo para una hermosa escuela! Y lo que más nos asombraba era que parecía no haber salida de aquel lugar, estábamos rodeados de montañas por todas partes.

Nunca, desde que llegué a Oriente, había dormido tan bien. Qué importaba que el piso estuviera duro y frío. Lo importante era un lugar donde dejar caer los huesos. ¡Bastante cansados que estábamos después de un día entero de camino!

A la siguiente mañana no nos levantamos temprano, según versiones campesinas no faltaba mucho para llegar a nuestro destino, lo único difícil a partir de ese momento era la subida constante hasta la meseta conocida por Picote Santo. ¡Picote del Demonio! ¡Qué difícil era llegar hasta allí! Y de contra el frío. Nunca creí que podía tocar las nubes con las manos. Llegamos a las tres. El resto de la tarde la usamos en acondicionar el campamento, ahora estábamos todos juntos. Volvía a estar con Pedro y Chicho. Escogimos un rincón de la casa para dormir cerca.

Llegó la noche. ¡Eso sí era oscuridad! Pensar que ese lugar era habitable. La vista nocturna era espléndida hacia abajo. Se veían los resplandores de los lugares cercanos. El más grande era seguro el de Guantánamo. ¿Y el otro? Se

veía más chiquito pero su luminosidad era mayor. Un viejito que habitaba en el lugar nos dio la respuesta.

—Ese resplandor es una mancha sobre nuestra tierra. Es la base americana de Caimanera.

Nos contó muchas cosas sobre la base, sobre los americanos que él había conocido. En su voz se notaba el odio hacia los que se mantenían allí, en una tierra que no era la suya.

Entrada la noche el viejito se fue a acostar y, al rato, nosotros también. El campamento parecía la boca de un lobo, pero con dientes muy irregulares, pues bastante trabajo nos estaba costando atravesar la camada de hamacas hasta nuestro sitio.

Cuando nos dimos cuenta ya Chicho estaba en el suelo y Pedro y yo casi lo seguimos. No sabía si reírme, si hablar. ¡El hecho era único en su clase! Con los ojos ya acostumbrados a la oscuridad y un poco de imaginación pudimos ver la escena.

El otro se incorporaba mientras decía:

—¿Ustedes nunca han visto a nadie que haya perdido su mochila en el camino y tenga que dormir en una yagua? ¡Pues lo están viendo!

El tren arrastraba su pesado cuerpo recortado contra la oscuridad de la noche, más oscura por la prohibición hasta de encender un cigarro para evitar destellos innecesarios.

Dentro del vagón, silenciosos, los jóvenes pasajeros regresaban a sus casas, después de más de dos meses de campaña. Pronto confirmarían lo que hasta aquel momento solo imaginaban, conocerían los momentos de tensión que vivió el país bajo la amenaza de una guerra injusta en aquella contienda que se conoció como “Crisis de Octubre”.

Pero ahora marchaban contentos por el deber cumplido, con la satisfacción de haber estado donde se les necesitaba.

El tren arrastraba su pesado cuerpo rompiendo el silencio de la noche con su acompasado ritmo que parecía, para su joven carga, estar lanzando un reto al futuro.

—Fidel, Fidel. Dinos qué otra cosa tenemos que hacer.

Los dos primeros años de la enseñanza secundaria los había cursado en una escuela interna. Este tipo de plantel se creó por el gobierno de Batista para favorecer la posibilidad de estudios de los “guajiritos” destacados de la región. Era un centro interno con régimen de estudio-trabajo. En todo el país había uno o dos por provincia y su nombre original fue el de Hogar Infantil Campesino. Creo que fue lo único bueno que hizo Batista durante sus épocas de gobernante.

Ahora adoptaba el nombre de Secundaria Básica Rural y sus edificaciones se encontraban cerca de Sagua la Grande en Las Villas. El programa docente era similar al de cualquier escuela secundaria, a diferencia que la sesión de la mañana o la tarde, de acuerdo al grado escolar, era pura-

mente de trabajo agrícola o en los talleres de mecánica o carpintería. Lo mismo aprendías a guataquear y chapear, que fundir en yeso un busto de Martí, apretar una tuerca o clavar un clavo y hacer juguetes de madera como carros o muebles. Allí aprendí a valerme por mí mismo y a tomar decisiones cuando era necesario. De esa escuela salí para la Campaña de Alfabetización y para la recogida de café en Oriente.

Como escuela le encontré, entre otros, dos defectos: era solo para hombres y no se cursaba el tercer año de secundaria que ya se había instaurado en la enseñanza en el país. Imperaba terminar este nivel, el noveno grado, en otro centro.

Me ubicaron en una escuela pública en la ciudad, instalada en la antigua escuela de monjas del apostolado. Aquella escuela tenía historia. De la etapa vieja aún se hablaba porque era la costumbre de que solo fuera para niñas para no mezclarlas con los varones y así evitar los consabidos problemas del sexo y el libertinaje. De esta época había un hecho que todavía se recordaba y fue cuando intentaron quemar la biblioteca como acto de contrarrevolución y los propios estudiantes apagaron el incendio sin que el hecho trascendiera a planos mayores.

En esos predios terminé el nivel secundario. A partir de ahí se imponía buscar un preuniversitario, pero con las condiciones propias para que un guajiro de monte adentro, tuviera todas las comodidades de vida y alimentación. El pre de Sagua la Grande no era lo que mejor se ajustaba.

Finalmente, asistí a una convocatoria nacional para el “Cepero Bonilla”, unpre histórico, precursor de los vocacionales que después se instituyeron en el país. El examen fue más de habilidades apoyadas en secuencias, juegos y proporciones, que de conocimientos. El resultado fue fatal: ninguno de los que fuimos de Sagua aprobamos.

La solución al fracaso fue favorable a nuestras aspiraciones: ese curso se creó una nueva escuela en el Plan de Becas de La Habana.

Más plumas al pichón

El Instituto Pre Universitario “Carlos Marx” era la escuela más grande de esta enseñanza en el país durante los años 60. Se derivó de una secundaria básica que a partir de la creación del Plan de Becas generado después de la Campaña de Alfabetización sirvió de escuela a muchos estudiantes de todo el país, predominando las zonas centrales y orientales en un año de explosión de matrícula a nivel nacional. Se encuentra en el Reparto Siboney, una zona de La Habana que en realidad parece más campo que pueblo, tanto por la exuberante y abundante vegetación como por la distancia a cualquier lugar de civilización. La comunicación con el resto de la ciudad no es fácil y por lo general los becados van caminando desde la zona del paradero de Playa, frente al Coney Island Park.

La escuela original la edificó el sistema estadounidense de enseñanza militar y la denominó Ruston Academy, pero nunca llegó a estrenarla para los fines previstos. La Revolución llegó antes.

Con su capacidad para unos 2 000 alumnos, era muy apropiada para alojar a tantos estudiantes que en Cuba buscaban ampliar sus horizontes.

Yo salí de mi monte pequeño para entrar en aquel monte grande surcado a veces por alguna ruta de guagua, pero en general oscuro y poco poblado.

El régimen escolar ya lo conocía de mi época en la secundaria, quince días en la escuela sin salir, un pase quincenal de sábado y domingo y una entrada obligatoria el domingo a las 10 de la noche.

Los albergues eran casas del reparto, con cuatro o seis literas por cuarto lo que significaba no menos de 24 estudiantes en cada una. Las casas eran confortables y habían sido diseñadas de forma bastante original y acorde con su ubicación en una zona de playa. Enseguida comenzamos a nombrarlas de acuerdo a su parecido con algo conocido o a su capacidad y allí vivimos unos en el “avión”, otros en el “Habana Libre” y algunos en el “palomar”. Muchas de las casas tenían piscina o gimnasio descubriendo así el poderío de sus dueños originales, muchos de los cuales habían abandonado el país por sus contradicciones con el gobierno revolucionario. Como parte del reglamento se prohibía comprar comidas en la calle.

La entrada a la escuela era por batallones o pelotones como si fuera una enseñanza de corte militar. El acceso individual solo era para casos de extrema necesidad y por alguna razón bien justificada. Para vestir se usaba un uniforme similar al de los brigadistas Conrado Benítez, o sea, pantalón verde olivo, camisa gris con ribetes en las mangas, pero color naranja, diferente al ya conocido del mismo color que el pantalón. Solo se permitían visitas de familiares

con autorización de la dirección del centro. Este régimen resultaba un poco rígido para mi gusto, pero eran las normas y había que cumplirlas.

Todos esperábamos que con el tiempo aquellas reglas se harían más flexibles y la estancia sería más placentera, pero por el contrario, las normas se recrudecieron y junto a un cambio de uniforme con pantalón carmelita y camisa beige, aparecieron los policías de servicio y los instructores militares, que no eran más que compañeros nuestros que durante las últimas vacaciones pasaron un entrenamiento militar para convertirlos en los máximos responsables de la disciplina. En esas nuevas figuras creadas para el orden hubo de todo, desde el que siguió con el mismo trato afable y justo, hasta los que la usaron para demostrar un don de mando que muchas veces llegaba hasta la injusticia. Ellos no solo llamaban la atención por violar la disciplina, sino que en ocasiones ponían reportes que podían hasta limitarte las salidas los días del pase.

Como es lógico, yo no estuve ajeno a estas situaciones y más de una vez sufrí sus consecuencias y eso que no era de los más indisciplinados del aula. Una vez se me ocurrió durante una clase escribir en un pedazo de papel: “El que tenga este papel en la mano cuando suene el timbre es un bobo”. Era un texto largo y obligaba a leerlo completo. Lo pasé al de al lado y así fue pasando de mano en mano y todos en el aula iban siguiendo para ver quién lo tenía. Sonó el timbre y la risa no se hizo esperar.

Me costó el pase del fin de semana. Lo que más me dolió

no fue el pase perdido, si no la inusual visita de mi mamá a La Habana y que no la dejaran verme porque estaba de castigo.

A pesar de ser una práctica común en la enseñanza en épocas anteriores, los estudiantes de ese momento abrimos una lucha a muerte contra uno de los grandes males que afectaban la calidad del proceso educacional: el fraude académico.

No entendíamos justo que alguien triunfara en la vida haciendo uso de un conocimiento que no le pertenecía y que autorizado o no, robaba, al fijarse por algún compañero o haciendo uso de trampas que se practicaban a lo largo de los años. De la enseñanza anterior conocía muchas modalidades que había que ir eliminando conscientemente.

Conocí a estudiantes que de forma discreta cambiaban sus exámenes para que el que tenía mejores resultados revisara al otro. Otros confeccionaban el conocido “chivo” en un papel con forma de acordeón y lo manejaban entre los dedos como un acto de magia. Las muchachas se escribían el chivo en la rodilla y lo tapaban con la falda. Otros aprendían claves tipo morse, que no sé qué era mejor, si aprender la clave o estudiar a fondo la materia en cuestión.

Recuerdo una que se adiestró en poner la libreta o el libro en la parte baja del pupitre delantero y pasaba las hojas con los dedos de los pies, era “experta” en eso de atrapar la hoja entre el pulgar y el índice. En un examen de idioma

Inglés, empezó a copiar el dictado y solo entendía “period”, así que dejaba el espacio y ponía el punto correspondiente, esperando copiar el resto en lo que la profe rectificaba el dictado. Como la profe no rectificó y recogió inmediatamente el examen, entregó una hoja que solamente tenía unos puntos espaciados en el papel. Claro, la profe no descubrió un fraude que en realidad no llegó a cometerse, fue solo el intento. También supe que una vez se dio cuenta del texto que dictaban y copió tanto del libro, que se pasó de lo que la profesora le decía y después no lo pudo borrar. Ahí sí se descubrió abiertamente.

En nuestro nivel de enseñanza y más aún en Carlos Marx, era una lucha casi ganada la batalla contra el fraude, de eso nos preciábamos. La campaña era tan grande y la confianza en nosotros era tanta que en ocasiones los profesores dejaban sola el aula y salían al pasillo sin temor a que ocurriera un fraude. Era miércoles y ese día estaba programado el examen de Química. Todo el mundo metido en su examen y nadie miraba o hablaba con el del lado. Pasé una primera inspección al temario y vi que podía contestar fácilmente todas las preguntas, así que no tuve ninguna preocupación y contesté todo sin apuro. Al salir comprobé con otros y vi que había coincidencia en las respuestas. Dos días después llegaron las calificaciones, no todos teníamos las mejores notas, pero había satisfacción con los resultados. La conformidad no fue unánime, Emérito levantó la mano y a una señal de la profe se puso de pie y mirando primero a todos y después hacia el piso dijo:

—Esa nota no me pertenece. Yo aproveché la salida de la profesora y me fije por el libro que tenía en el pupitre. Eso es fraude.

La combinación del estudio y el trabajo es un principio que se ha usado en Cuba desde el inicio de la Revolución. Ya yo había tenido alguna experiencia. Han existido muchas modalidades, pero la más común es estudiar durante el período lectivo y aprovechar parte de las vacaciones para enfrentar tareas agrícolas o de corte industrial.

La primera contienda nos llevó hasta la zona rural del poblado de Amarillas, en Matanzas. Todavía allí se recordaba la invasión por Playa Girón que había ocurrido unos años antes. El régimen establecido era el propio de este tipo de tarea, albergue adecuado, comida aceptable y trabajo agrícola disponible para la gran cantidad de estudiantes que participaban. Los primeros días transcurrieron sin tropiezos, todo era armonía en todos los sentidos. Por el día trabajo y por la noche algunas tertulias propias del ocio y que intentaban marcar la necesidad de cambiar el ambiente y la rutina. La segunda semana el aviso de un ciclón de gran fuerza puso a todos los jefes a buscar soluciones posibles. Finalmente, hubo tiempo de repartir al personal por las diferentes regiones, desde Pinar del Río hasta Oriente, y así las vacaciones fueron mucho más largas. Al final el ciclón no llegó, pero la evacuación se hizo en tiempo, previendo desastres mayores.

Un nuevo fin de curso nos llevó a nuevas regiones para conocer. Ahora la zona era Manga Larga, entre los centrales Cunagua y Violeta, en Camagüey. Veintiún días en ese lugar servirían de experimento, trabajo por la mañana en labores agrícolas y estudio en la tarde. Creo que fue un fracaso casi total porque el cansancio y el sueño no permitían que la actividad de la tarde se realizara como se había previsto. ¡Y nos salvó otro ciclón! Este de verdad, pero a nosotros solo nos llegó el agua y fue tanta que ahí mismo se acabó el trabajo y solo era posible el recogimiento en los albergues en nuestra improvisada Venecia. Era un panorama increíble: todas las casitas de “La treinta” sembradas dentro de la laguna producida por la inundación provocada por la lluvia que dejó el ciclón Alma, que pasó provocando grandes estragos por La Habana. El descanso nos hizo conocer historias de la zona como la del caballo que murió acosado por los mosquitos, que al decir de los haitianos de la zona parecían “hombres con cuchillo”. También estuvimos al tanto de otras historias del momento como el asesinato de un combatiente de la Brigada Fronteriza en la Base Naval de Guantánamo, un hecho que nunca podríamos olvidar.

El final de las actividades laborales del preuniversitario fue una nueva etapa de escuela al campo en el extremo occidental de la isla, en el Plan Antonio Maceo. El proyecto pretendía reforestar la zona de Pinar del Río e incrementar las plantaciones de café en Sandino, Guane, Mantua y sus alrededores. Allí sí se trabajó como nunca, no había horario, lo mismo de mañana que de madrugada o de noche.

Muy buena atención a los trabajadores, incluyendo dobles meriendas y comida como nunca habíamos visto los beca-dos. Aquí no hubo ciclón, solo el vendaval de mucha gente trabajando sin fin para cumplir lo previsto. Allí vivimos la historia de antes y de después. Conocimos el monumento dedicado a Maceo en Mantua, que recordaba su paso por el territorio durante la Invasión a Occidente como estrategia de la Guerra del 95 y visitamos el poblado de Sandino, habitado por guajiros del Escambray villareño que fueron trasladados a ese lugar para alejarlos de la influencia de los bandidos, que ocuparon las montañas de la zona central de Cuba, para entorpecer el trabajo que venía haciendo la Revolución desde su triunfo.

Este fue el último trabajo realizado durante la etapa de estudios preuniversitarios. Todavía vendrían muchos más, que son parte de otras historias. Ya habrá tiempo para hablar de nuevas experiencias.

Pichón de ingeniero

No puedo decir que me fuera mal en La Habana. Lo que fui a hacer allí lo hice, pero tres años en esas condiciones no se pasan fáciles. Al terminar la enseñanza preuniversitaria había que tomar decisiones mayores, los cinco cursos de la universidad debían presentar otro panorama, o al menos mejorar un poco las condiciones. Era aconsejable volver a Las Villas, donde además existía una buena universidad, en el orden nacional, la tercera que encontró la Revolución al triunfar la insurrección.

Dejé La Habana y me acerqué a mi tierra, de todas formas era una nueva experiencia y decidí afrontarla en mejores condiciones, al menos más cerca de los míos.

La Universidad Central de Las Villas era, posiblemente, el centro de estudios superiores más hermoso del país. Su arquitectura era relevante, sobre todo aprovechando el espacio y las irregularidades del terreno. Al entrar al primer piso de un edificio y subir hasta la segunda planta podías sentirte de nuevo en un primer piso, por haber sido construido en la falda de una loma. La vegetación era abundante y de un verde impresionante y el diseño de los edificios y las áreas exteriores armonizaban magistralmente con la

naturaleza. Desde el principio me enamoré de aquel lugar y comprendí que era una de las mejores cosas que me iba a pasar en la vida.

Respecto a qué estudiar no estaba muy claro. Ser maestro no era mi interés. Bien conocía cómo se habían entregado en vida a aquella profesión mi abuela paterna y algunas de mis tías. Nunca las oí quejarse sino por el contrario vivían orgullosas de que esa fuera su elección como modo de vivir. Pero no era lo que yo deseaba para mí, aquella dedicación no era lo que más me motivaba.

Siempre me gustaron la Matemáticas, la Física y la Química. Por lo pronto, la Facultad de Tecnología proponía cuatro carreras de ingeniería con un primer año común, ya en el segundo año podría decidir. Finalmente, me decidí por la Ingeniería Química que abarcaba todas las áreas de mi preferencia.

Y así fue como en el seno familiar comencé a ser conocido como el “pichón de ingeniero”, gracias a mi tío mayor, que no dejaba pasar el momento para molestarme. Pero no, no me molesté y al final hasta me gustaba aquel mote que definiría mi futuro y marcaría por siempre el sentido de mi vida.

Profesores tuve muchos, altos y bajitos, gordos y flacos, blancos y negros y hasta dos chinos, pero no tenía quejas de ninguno, al menos yo me sentía bien delante de ellos. A todos tengo algo que agradecer.

Afrodito, el de Álgebra, tenía su forma peculiar de pasar la lista. Los primeros nombres eran de mujeres y siempre les dedicaba un saludo especial. A todas les preguntaba cómo habían dormido o cómo se sentían. Al llegar a Ángel ya todos esperábamos el número.

—El siete. A partir de ahí la lista terminaba sin más incidencias.

Cuando llegaba la clase de “límite” ya era conocido su romántico método de ambientar y motivar con una anécdota que comenzaba en el noviazgo y terminaba en el matrimonio. Era capaz de estar haciendo el cuento los primeros treinta minutos y después en veinte, aterrizar el contenido.

El profesor de Cálculo me impresionó sobremanera. Aún era estudiante, pero era destacable su manera de enseñar y su trato con todos. Y lo más increíble:

¡Cómo se parecía al Supermán de los muñequitos que yo había admirado desde pequeño! Lo miraba moverse en el aula y me daba la impresión que iba a quitarse el traje para lucir su hermoso traje y su flamante capa.

El *Pavo*, de Inglés, daba toda la clase sentado. Tenía facilidad para escribir en la pizarra desde esa posición. Hasta decían de él, que usaba una liga para acercar el maletín sin tener que hacer mucho esfuerzo en levantarlo. Esas fueron las causas que lo llevaron a merecer ese sobrenombre.

El *Chino*, profesor de Química, hablaba tan bajo que daba lo mismo sentarse en cualquier posición después de la cuarta fila. Nosotros, cuando nos agarraba tarde para desa-

yunar, nos sentábamos al final y en el menor descuido salíamos a merendar por la puerta del fondo del aula.

De las clases de la asignatura Mecánica Teórica no había nada que criticar. El profesor tenía un dominio pleno de los contenidos, sus métodos eran celebrados por todos, sabía hacerse entender por los estudiantes. Sólo encontrábamos algo que nos sacaba de paso, sus exámenes siempre tenían dos problemas y las notas eran 100, 50 o cero, no se obtenían notas intermedias. El problema estaba bien o no, no había términos medios.

El libro de texto nuestro era *fusilado*, o sea, de Edición Revolucionaria. Esta editora no respetaba el derecho de autor y era en realidad una forma de vencer el bloqueo de los EE.UU. en el plano de la educación. Si no respetaban nuestros derechos tampoco se respetarían los de ellos. Así, cada estudiante tenía su libro. Con el tiempo conocimos que el libro original, exhibido en la biblioteca, tenía un diseño diferente, la cubierta era de un material más ligero y estaba ambientada con la figura de un problema propuesto en uno de los capítulos. También conocimos que con frecuencia el profe usaba como uno de los problemas del temario de examen el de la carátula y a partir de ahí se conoció como “el problema del forro”.

La noche antes del examen, como todas las demás, nos reunimos a estudiar en grupo pero en realidad el contenido era bastante y me fui agotando antes de tiempo. Resolvimos los problemas propuestos, siempre alguno salía. No esperé la solución colectiva del problema del forro; si el

curso anterior había salido lo más probable era que ahora le tocara a otro.

Llegamos al examen, como siempre dos problemas, y bueno, uno era el del forro. La nota ya la conocía de antemano: 50.

Al finalizar el primer curso de la carrera también hubo un largo período de trabajo. Este primero se parecía bastante a los del pre por las condiciones de los albergues y las jornadas de labor, aunque en una edad un poco más madura. Marchamos a la zona rural del poblado de Vueltas, relativamente cercano a la Universidad. La tarea no fue ni tan fácil ni muy agradable, había que cortar la caña que abastecería algunos ingenios de la zona norte de Las Villas. La comida era aceptable por lo que no pasamos mucha hambre, pero los albergues sí dejaban mucho que desear. Cuarenta y cinco días en medio del monte sin acercarnos siquiera un poco a la luz eléctrica.

El campesino que nos dirigía tenía la orientación de que cortar “caña quemá” era lo más aconsejable, así que también teníamos la misión de quemar los campos que estaban programados para cortar. La tarea parecía fácil, pero en realidad no lo era, pues había que jugar hasta con la intensidad y dirección del viento para evitar males mayores. Una vez estuvimos a punto de quedarnos sin albergue. Otra vez se nos fue la mano en la quema y pagamos la novatada con el aumento de la jornada de corte para que la caña no fermentara. ¡Eso sí era matador!

Los fines de semana salíamos a los poblados cercanos a buscar algún entretenimiento. Así conocimos a Sagua la Chica y al Santo, divididos por el río del mismo nombre y con una línea de tren que los unía pasando por encima de aquel cauce, de anchura bastante considerable, sin que existiera nada parecido a un puente. Al menos había cine y algún barcito con cerveza y se pasaba bastante bien.

Durante una jornada de corte de caña encontramos un majá de grandes proporciones, el que fue ajusticiado con el fin de sacarle el cuero para hacer un cinto, al menos con esa idea lo enviamos al campamento cuando nos trajeron el almuerzo. Cuando llegamos por la tarde encontramos los trozos fritos y nos aventuramos a probar aquel nuevo manjar. Creo que todos lo probamos, al menos fue un plato diferente al acostumbrado... y no estaba tan malo.

Para completar aquella experiencia no faltaron heridos por fallos en la operación y desmayados por la combinación entre el trabajo y el sol. A cada rato recordaba los consejos de mi abuelo:

—Niño, estudia pa' que no cortes caña.

No sé, en realidad, si él había cortado tanta como yo en una zafra. Ahh...y sin pago a cambio.

Pupo era uno de los pocos alumnos que tenía portafolio elegante. A esa hora del mediodía salió casi corriendo del comedor pues la clase empezaba en unos minutos y no lo dejaban entrar si llegaba tarde. Al salir agarró su portafolio y

marchó para el aula sin detenerse a mirar nada. Llegó sonando el timbre, se sentó y puso el portafolio sobre sus rodillas para buscar los materiales que necesitaba. Tal como lo abrió lo cerró y se quedó mirando hacia ningún lugar. Yo lo observaba de reojo pensando qué habría pasado que sus manos ni se movían. Se notaba el nivel de nerviosismo, pero no dijo ni una palabra. Ya otros alumnos se habían percatado de la situación. La clase terminó y no había tomado ni una nota. Nos acercamos, pero él trataba de disimular.

—¿Qué pasa?

—¡Mira!

Abrió el portafolio sin dejar de ver mucho de su contenido. Lo que él quería que viera sí lo vi. Un revolver bastante grande estaba junto a los papeles.

—¿Qué hago con esto?

—Busca los papeles a ver de quién es eso, pues me imagino que no será tuyo. Los documentos identificaban a Clarita, una de las dirigentes de la UJC en la Universidad, que había sido combatiente en la época de la clandestinidad. Habló con el profe que acababa de llegar, para que lo autorizara a resolver aquella situación. No tuvo que caminar mucho. Al dirigirse a la puerta ya Clarita estaba buscando los “documentos” que se habían extraviado con la confusión, al cambiar el maletín.

La noticia corrió como pólvora: ¡el fin de semana marchamos hacia la preparación combativa! Era normal recibir

entrenamientos militares como parte de la formación general dentro de la especialidad del ingeniero. Pero siempre la realización de cualquier actividad se informaba con tiempo. Nunca habían avisado de pronto. Algo pasaba que se entendió procedente suspender las clases y marchar hasta la unidad de preparación química para una semana de entrenamiento. De todas formas no había otra opción y hacia allá fuimos. Al final fue solo una programación de la Unidad Militar. No había nada en particular.

Llegamos a la unidad de noche, sin descansar recibimos todos los avituallamientos y se formó la compañía para explicar los pormenores del entrenamiento. Se eligieron los jefes a todos los niveles, es decir, compañía, pelotón, escuadra, se explicó el reglamento y las principales medidas disciplinarias. Yo hacía un rato que no veía a Juanchi en la formación, de pronto apareció de detrás de una cerca protegido por la oscuridad y pasándose la mano por la barriga.

—¿Dónde estabas?

—Ñooo...que mal la he pasa'o. Parece que lo poco que comí no me cayó muy bien. Tuve que meterme detrás de esa cerca, menos mal que estaba oscuro.

Lo demás transcurrió sin nuevos tropiezos. Nos ubicaron en un albergue que improvisaron sin muchas condiciones. Por la mañana nos levantaron temprano. Nos llevaron a desayunar e inmediatamente formaron de nuevo la compañía.

—¡Firmes! El Compañero Jefe de la Unidad le va a decir algunas palabras.

¡Descansen!

El oficial habló del entrenamiento, de la disciplina...y terminó no muy ecuanime:

—Anoche hubo alguien que no se pudo aguantar e hizo una gracia en el patio de mi casa. ¡Eso es algo inadmisible!

Yo miré a Juanchi aguantando la risa. Él bajó la vista y trató de aguantarla también.

Buscando disimular, miré hacia todos los lados como haciendo una inspección general de las características de la unidad. Vi las edificaciones de construcción rústica donde abundaba el estilo “Sandino”, un tanque elevado para almacenar el agua, la cocina, el comedor, los albergues, las oficinas y algunas áreas de entrenamiento. Me percaté de las trincheras que prácticamente rodeaban el campamento. La voz del improvisado jefe de compañía me sacó de mis observaciones:

—¡De freeente!

No lo vimos más. Cayó dentro del hueco de una trinchera sin percatarse de la existencia de la misma. Todos miramos. Estaba con los codos apoyados en el borde y desde allí mismo terminó la orden:

—¡March!

En un pequeño grupo me dirigía desde el comedor hacia el aula. Al pasar cerca del edificio del rectorado vimos a algunos que corrían hacia la escalera principal y por curiosidad nosotros también apuramos el paso. Allí, bajando la

escalera con algunos de sus colaboradores cercanos vimos a Fidel. No era la primera vez que venía. Por cuestiones relacionadas con el trabajo de la Universidad, la visitaba en algunas ocasiones para estar al tanto, de primera mano, del desarrollo de las actividades y emitir orientaciones relacionadas con la docencia y las investigaciones. Al percatarse de todo el personal que lo aclamaba se detuvo a mitad de la escalera. Sonriente y comunicativo, preguntó por los estudios, los recursos, los resultados y habló de cuestiones relacionadas con el importante papel de la Universidad de Las Villas en el marco de las actividades del país.

Fidel se marchó y nosotros continuamos nuestro camino sin percatarnos de la hora. Llegamos al aula, la clase había comenzado y no nos dejaron entrar. Nada justificaba una llegada tarde a clases, la disciplina no se podía resquebrajar.

A la Federación Estudiantil Universitaria se le reconocía su empuje y entusiasmo como organización de masas desde que fuera creada por Mella. Los herederos siempre la pusieron en alto en todos los tiempos. Una de las campañas de mayor fervor de las realizadas en la universidad eran las elecciones de la FEU. Cualquier iniciativa al respecto era valorada y aplicada con el entusiasmo que merecía cada idea que respaldara todo aquel movimiento. Recuerdo cómo en la etapa preliminar cada facultad exhibía sus mejores empeños.

El día de la convocatoria a las elecciones los estudiantes de la Facultad de Agropecuaria llegaron en lujosos caballos

que dejaron a las puertas del teatro universitario y entraron al escenario a una vaca para entrevistarla. El pobre animal no soportó el entusiasmo del público presente y dejó las muestras de su nerviosismo ante la vista del auditorio y de la sin par Irma de la Vega, directora entonces de Extensión Universitaria y eminente especialista y formadora de grupos artísticos de estudiantes y trabajadores. Aprovechando el singular hecho los estudiantes de Tecnología dieron paso a sus creaciones y surgió aquella conga que retumbó en el teatro por mucho tiempo: la vaca se cagó, la vaca se cagó, agropecuaria la recogió. Durante el acto muchos mensajes llegaron a la presidencia por distintas vías. El impacto fue grande cuando un veterinario entró aspaventosamente en su ciclo motor o cuando un Tarzán en taparrabo, con su espeluznante grito de guerra voló en una liana desde el fondo del techo del escenario. Así transcurrió la actividad demostrando que si esa era la convocatoria, las actividades de las elecciones serían impensables.

Y llegó el esperado día. Cada facultad mostraría sus mejores iniciativas para desbordar el entusiasmo por las esperadas elecciones.

A nosotros en Tecnología se nos ocurrió una idea fenomenal, se coordinó con la funeraria de Santa Clara el préstamo de un carro fúnebre que traería un féretro y alguno de nosotros iría dentro con carteles alegóricos a que los muertos despertaban y esta sería una buena iniciativa. Cuando llamamos a la funeraria nos informaron que ya el muerto había salido para la universidad...eso no era lo que tenía-

mos previsto pues que yo supiera ese muerto no existía.

Pues sí hubo un muerto y ese era de verdad. Desde horas tempranas una pareja de policías estuvo en la Universidad informando de la ocurrencia de un accidente en el que estaba involucrado el secretario de la UJC de la Facultad de Ciencias. El hombre murió y la dirección universitaria decidió que se velara en un lugar sagrado del centro, la biblioteca, que ya había servido de cámara mortuoria unos años antes para velar a varios estudiantes de la Facultad de Pedagogía, fallecidos en un accidente, en un viaje que realizaban en función de trabajo.

Como era de esperar la asamblea se suspendió. Los altavoces del sistema de audio universitario informaron, con toda la solemnidad que el momento exigía, del fallecimiento de un estudiante universitario y que como reconocimiento a su labor en la Universidad sería velado en la biblioteca. Se convocaba a todos los estudiantes y trabajadores para dar el último adiós al destacado compañero.

Nosotros, los que planeamos la actividad de Tecnología, deshicimos nuestro contacto y como todos los demás fuimos al velatorio. Temprano en la noche estudiamos y después volvimos a la biblioteca. Sobre la caja, la bandera cubana, como merecía la situación. Allí se hicieron las correspondientes guardias de honor. Tarde en la noche llegó la dirección universitaria con un viceministro que junto al rector y otros miembros del Consejo de Dirección montaron su guardia.

El primer ruido vino del teatro, cercano a la biblioteca. Una comparsa que pregonaba, entre otras cosas: ... *“Esto le zumba... el muerto se fue de rumba”*. Alguien salió a detener aquella procesión irrespetuosa que se acercaba procedente del teatro. Sobre los hombros de uno de los danzantes venía “el muerto” haciendo gala de todo el entusiasmo y riendo y gozando como si todo aquello no fuera causado por un acuerdo irresponsable de un comité de base de la UJC en su afán de ganar una emulación que tenían perdida de antemano. Dentro de la biblioteca, el sarcófago rodó por el suelo exhibiendo el maniquí que contenía. Al rector y al viceministro hubo que aguantarlos para no hacer más complejo el resultado de aquella “broma”.

El secretario de la UJC y el rector convocaron con urgencia a todo el personal universitario para el teatro, todavía engalanado alegóricamente para las frustradas elecciones de la FEU.

Se dictaron sanciones y medidas disciplinarias de acuerdo a la magnitud del hecho, más cuando estaban en juego el respeto a la bandera y a la biblioteca universitaria y la consideración a los dirigentes involucrados. Separaciones de la UJC, separación del régimen académico, o mejor, el cambio por la estancia de un año en la Columna Juvenil del Centenario.

La voz del secretario del comité de base se oyó por encima de toda la algarabía del público asistente:

—¡Ahora soy yo el que quisiera estar muerto!

El año 1970 impactó sobremanera en los jóvenes de mi generación. Desde el año anterior comenzaron los pronósticos y los aseguramientos para realizar una zafra azucarera de grandes proporciones; la más grande de todas las realizadas en Cuba.

¡El país debía producir diez millones de toneladas de azúcar!

Así se empezaron a escuchar nuevas consignas, casi sagradas por cierto: ¡Los diez millones van! ¡De que van, van! Hasta una orquesta popular creada en ese momento recuerda aquella contienda.

Estaba prohibido hablar en contra de aquella decisión. Recuerdo que estaba el “escéptico”, un personaje animado que se popularizó en la televisión cubana en los finales de la década del 60 y se encargaba de cuestionar aspectos que podían parecer imposibles de lograr con unas expresiones algo fuera de lugar como aquella de ¡¿terneros en pastillas?!, y que tanto criticó en la televisión algunas verdades absolutas. Hasta el escéptico perdió la vida en aquel intento. La última vez que salió por televisión fue cuando dudó ¡¿diez millones?!

Todo el país se puso en función de aquel evento y a los estudiantes de ingeniería de la universidad también nos tocaría nuestra parte, bastante protagonista por cierto.

Desde el curso previo a la zafra comenzaron los entrenamientos en los propios ingenios azucareros para la rea-

lización de “labores técnicas”, al menos así nos explicaron desde los primeros momentos.

Primero la etapa de entrenamiento en el central México, en Matanzas. Allí recorrimos todas las áreas de la fábrica estudiando minuciosamente los procesos que ocurrían en cada sección de fabricación y cómo enfrentarse al trabajo en cada una de ellas.

Después, la propia zafra en el central Ramón Balboa de Cienfuegos, donde fuimos considerados como obreros del central.

Vivimos todo el tiempo fuera de la Universidad y dábamos clases en encuentros quincenales en aulas habilitadas en las áreas administrativas del central.

El régimen era bastante fuerte, laborando por turnos según lo establecido en la fábrica y atendiendo todo lo que pudiera entorpecer el normal desarrollo de la contienda. No se debía salir del batey sin permiso y los pases para ver la familia eran cada mes y medio. De las necesidades que pasamos ¡ni hablar! Sobre todo el hambre, por lo escaso y la mala calidad de la comida y sus complementos. Ya hablaré de eso más adelante.

Había que limpiar las instalaciones del central, lo mismo el “hueco” del tándem de molinos que los salideros de la casa de calderas, los filtros y los generadores de vapor.

Si ocurría el descarrilo de un tren por lo malo de las vías, que era bastante frecuente, había que recoger la caña para reincorporarla al proceso. Era un nivel de actividad muy

alto, solo soportable por el espíritu de trabajo y la edad que no sobrepasaba los veintiún años.

Hubo llamadas que asustaban a cualquiera, sobre todo aquellas de ¡A limpiar el hueco! o ¡Descarrilo! Cualquiera de ellas interrumpía sin compasión el merecido descanso y te enviaba a un hueco poblado de ratones o a una recogida de cañas bajo un sol que no dejaba lugar a dudas del país donde vivíamos. Así transcurrió todo aquel período desde noviembre hasta junio.

Un buen día la dirección del gobierno convocó a una comparecencia de Fidel ante la prensa. Esperamos el acto para verlo por la televisión con aquel espíritu con que tomábamos todas las decisiones.

El entusiasmo inicial se fue perdiendo según hablaba el Comandante. Finalmente, la bomba cayó en medio de aquel silencio abismal: no era posible llegar a los diez millones. Aquella sería la zafra más grande en la historia de Cuba, pero de diez millones ¡nada!

El becado siempre pasa hambre. Sometido a un régimen de una cantidad fija de comidas diarias, sobre todo desayuno, almuerzo y comida. ¿Y las meriendas? Esas irían por cuenta propia, pero ¿cómo? En el preuniversitario Carlos Marx era casi un pecado comprar alimentos en la calle y el director, Montequín, que de hecho me vio hacerlo alguna vez, insistía para que no se hiciera por miedo a un envenenamiento o al menos evitar un problema de salud. En la época de la Univer-

sidad el dinero no daba para todos los gustos. Así era la vida del becado, el hambre siempre estaba presente.

Pero yo nunca pasé tanta hambre como becado, como cuando la Zafra del año 70 y sus preparativos. En el entrenamiento en el central México, en Matanzas, casi que nos abandonaron a nuestra suerte y las restricciones llovían provenientes de cualquier dirigente. Allí comí por primera vez croquetas con mela'o de caña, pero había que comprar las croquetas en el merendero y entrarlas al central para ligarlas con el líquido que se tomaba discretamente de los tachos, tratando de no ser visto.

Dos anécdotas son dignas de mencionar, una la del agua de coco y la otra la del batido de mamey.

En el patio de la casa donde vivíamos había una mata de cocos, bastante bajita por cierto. A los cocos se alcanzaba con una vara, pero en el intento se pinchó un coco y alguien corrió a buscar un jarrito para coger el agua en su caída. El administrador pasó y nos vio y ahí mismo se armó la gorda.

¡Hasta una reunión hubo para resolver la situación! Había que delimitar las responsabilidades. La del robo de los cocos, no la del hambre de los estudiantes.

La reunión puso de manifiesto que algo fallaba en la comida y unos vecinos nos invitaron por la tarde a un batido de mamey, hecho en la propia casa. Allá fuimos, pero por error alguien le echó sal al batido en vez de azúcar. Se acabaron los mameyes y el hambre siguió igual.

Después vino la zafra, todo el período en el Central Ramón Balboa de Cienfuegos, el régimen de becado se incrementó y el hambre fue más grande todavía. Así surgió aquel tema musical que casi se convirtió en nuestro himno de combate: *“pita el central en la molienda; nada en la tienda, nada en el bar...vuelve a pitar y allá en los tachos van los muchachos a trabajar”*. Lo cantábamos al ritmo de una válvula de escape de vapor en tiempo de “habanera”.

Para palear un poco el hambre tratamos de aplicar el conocido método de croqueta con melao, pero ya nuestro himno lo dejaba claro: nada en el bar.

¡Ni croquetas!

A pesar de no ser lo que deseaba como futuro, nunca pude separarme de la tendencia a la impartición de clases.

La primera experiencia, la Campaña de Alfabetización. Un saldo de tres alumnos que llegaron al final.

En Carlos Marx fui monitor de Química y me vi más de una vez al frente de mis compañeros. Nunca olvidaré aquel diálogo en plena clase con la maestra que me orientó no cruzar los cables dentro del líquido durante una electrólisis y fue lo primero que hice al comenzar la explicación. No me electrocuté de milagro. También tuve experiencias mejores y casi siempre logré salir airoso de ellas.

En la Universidad también me descubrieron esa faceta y en más de una ocasión tuve que asumir alguna que otra clase. Así las cosas, durante el tercer año me eligieron, aunque

no fui el único, para formarme como alumno ayudante e impartir clases en la propia carrera.

La primera vez asumí como profesor de un grupo que serían mis propios compañeros al año siguiente y había algunas asignaturas que no habían cursado. Tuvimos que enfrentarnos a esa modalidad de ser maestros y a la vez estudiantes.

El curso siguiente fue más formal, pues enfrentamos la impartición de las clases del grupo que nos seguía detrás. Ahí sí que tuvimos que inventarla bien para poder salir a flote de esa empresa.

No era fácil poder transmitir a nuestros propios compañeros cuestiones que a nosotros nos eran difíciles de entender. Traté de buscar recursos nemotécnicos para facilitar la comprensión de los contenidos. Entonces se me ocurrió buscar semejanzas entre las figuras propias de la ciencia con elementos conocidos. No olvido aquella comparación, que al parecer no fue la más feliz, cuando explicaba el diagrama de temperatura contra composición de dos líquidos no miscibles y se me ocurrió decir que al observar la figura parecía que estábamos viendo un “conejo”. Cuando se aplicó el examen final me di cuenta que mis alumnos no recordaban bien el concepto, pero el conejo sí.

La excelsa profesora que me servía de compañía en el tribunal parecía ofendida con aquella respuesta del alumno y me miraba como queriendo devorarme. En ese momento yo quería que me tragara la tierra.

Y así llegó el día menos esperado por mí y al que nunca hubiera querido enfrentarme. Junto a otros estudiantes fui citado a la dirección de la escuela. El director fue bastante escueto en su explicación.

—Ustedes tienen el compromiso de trabajar, cuando se gradúen, donde la dirección del país los necesite. Por sus resultados docentes y su participación destacada en todas las actividades han sido elegidos para quedar como profesores de la Universidad.

—¿Alguien desea hacer algún planteamiento? En ese momento se estaba decidiendo mi futuro.

Para finalizar la carrera era necesario defender una tesis de grado sobre un tema estrechamente relacionado con uno o varios temas de los estudiados en el currículum.

Como ya estaba decidido que iba a quedarme trabajando en la Universidad, me enviaron a la Fábrica de Fertilizantes de Cienfuegos junto a otros estudiantes. La misión era modelar algunos equipos que ya estaban instalados y que vinieron sin la documentación necesaria para el caso de un mantenimiento o un arreglo. Cosas de Cuba y causa del bloqueo.

A mí me asignaron un reactor para la reformación de nafta en el proceso de producción de amoníaco. Era un estudio profundo que implicaba aplicar cuestiones más allá de las que habíamos estudiado. Como parte del entrenamiento matriculamos nuevos cursos para la complementa-

ción y nos dedicamos al estudio del proceso de producción para enfrentar el trabajo y alcanzar el resultado esperado.

No sin muchos tropiezos logramos nuestro propósito y al fin nos enfrentamos al tribunal que evaluaría el trabajo y nos recomendaría la obtención del título. Mi trabajo fue aceptado e incluso propuesto para participar en el Primer Fórum Nacional de Estudiantes Universitarios junto a otros, representativos de la labor de la Ingeniería Química en el país.

Las celebraciones por la graduación fueron muchas. Se efectuaron visitas a las industrias más prominentes de la región central, actos de fin de carrera y lo más significativo una caminata que rememoraba el recorrido de Camilo Cienfuegos en la invasión, desde Florencia en Camagüey hasta Yaguajay en Las Villas. Fue la primera vez que nuestra Universidad hacía este homenaje a los héroes del final de la guerra. Tiempos anteriores, durante las primeras graduaciones del periodo revolucionario, los estudiantes habían estado con Raúl y Vilma en la misma Sierra Maestra.

Cuatro días de caminata fueron bastante para cuerpos mal acostumbrados a ese ajetreo. Toda la mañana caminando bajo sol, lluvia, un calor insoportable... la mayor alegría era escuchar a lo lejos a Julio Iglesias con su canción tema de la película *La vida sigue igual*. Aquel “*Yo canto a la vida...*” indicaba que estábamos llegando al campamento.

El descanso nocturno era en los propios campamentos de los rebeldes. Allí bajo los árboles de Jobo Rosado y de

otros tres lugares pasamos las noches expuestos al ambiente y a su inclemencia en esta época de mediados de año.

Seguían la lluvia, el sol, el calor, pero ahora se sumaban la gran variedad de insectos y bichos de todo tipo con los que había que lidiar durante la tarde y la noche.

Lo más importante que nos pasó fue que cruzamos el río Jatibonico ayudados por la misma sogá que lo había hecho la tropa guerrillera unos años antes y auxiliados por el mismo guía que dirigió la operación. Muchos no entendimos la intención pues el río no estaba crecido y podía pasarse sin mucho esfuerzo, pero el homenaje era completo.

El pichón completaba así su plumaje y saltaría a una nueva vida, desconocida hasta el momento.

Había pasado por distintas fases de profesor improvisado. Fui brigadista Conrado Benítez durante la Campaña de Alfabetización. En el preuniversitario me eligieron monitor. Durante la época de estudiante universitario asumí como alumno ayudante, incluso impartí asignaturas como profesor de la carrera. Pero ahora... ahora era profesor de verdad.

Me asignaron al colectivo de Física I. El entrenamiento era bastante intenso, duraría al menos dos meses. Cursos de Pedagogía y otras materias afines, clases de comprobación con y sin público, la promesa que en el próximo trimestre comenzábamos las clases. De pronto, a una semana de comenzado el entrenamiento, la verdad cayó como una bomba:

—La próxima semana comienzas a dar las clases prácticas de la asignatura Física para los estudiantes de primer año de la Facultad de Tecnología. Ve a la subdirección docente para que busques los listados de estudiantes y los horarios de impartición.

Todo cayó de golpe. ¡Al carajo el entrenamiento formal! A correr con la preparación de la Física en el colectivo de asignatura y de forma individual. Ahora muchos de mis profesores serían mis compañeros de trabajo. Así comenzaba mi nueva vida.

En el colectivo se discutían todas las cuestiones formales relacionadas con la asignatura y su impartición. También quedaba, o se buscaba, un tiempo para relajar las tensiones. Rivera sacó a colación algo que le llamaba la atención:

—En todas mis clases oigo que algunos estudiantes, que no he podido identificar, murmuran el nombre de un personaje de la película del mes pasado en el cine de Santa Clara. A cada rato se oye como en un susurro “Piturro” y algunas risitas solapadas. Parece que hay un Piturro en cada uno de mis grupos.

La risa del jefe de colectivo no se hizo esperar, el también conocía el achaparrado personaje:

—Mira comemierda. ¿Y aún no te has dado cuenta que el Piturro eres tú?

¡Y tenía razón! Cuando se terminó el semestre estaba escrito en la columna de salida de un aula del segundo piso un letrero que lo dejaba todo en claro: El Piturro me ponchó la Física.

A mi jefe de colectivo lo conocía desde la infancia en Sagua la Grande. El sí había estudiado Física como profesión. No como yo, que era un improvisado y estaba aprendiendo de ellos a la vez que trataba de acercar los conceptos de la ciencia a la práctica de la ingeniería. Recuerdo que un día, estando en el laboratorio, un estudiante árabe llegó buscando al profesor “Bolarosa”. Nadie entendía a quien se refería. Tratamos de preguntar por las características del profesor y al explicar con más detalle pude darme cuenta. Por esos días en el comedor daban un cárnico consistente en unos granos rojos de carne molida y a aquel no muy gustado “plato” le pusimos “carne siria” o “bola roja”.

En realidad no era muy fácil de tragar. Por esa razón los estudiantes habían bautizado a nuestro flamante jefe de colectivo con ese nombre. La confusión había sido grande, la risa mucho más.

Heberto era profesor de la carrera de Matemáticas. Era un poco más viejo que yo pero había una afinidad entre nosotros, ambos éramos aficionados a la música, especialmente la canción trovadoresca. Por su destacada trayectoria le fue asignado un automóvil. Ahí comenzaron las historias de las cuales hay una que nunca olvido.

Era tarde cuando salieron de la asamblea sindical y en grupo se dirigieron hacia la parada de la guagua, olvidando el auto que quedó en el parqueo del edificio. A esa hora no le fue fácil llegar a su distante casa, pero en ningún momen-

to recordó el olvidado carro.

Al despertar al día siguiente y asomarse al balcón se percató que su auto no estaba en el lugar acostumbrado y sin pensarlo mucho llamó a la policía informando del supuesto robo. Pasó la primera parte del día agobiado por el hecho, pero el agitado ritmo del trabajo lo hizo olvidar el incidente. Al terminar las labores del día fue como de costumbre al parqueo y salió en su carro hacia Santa Clara. Antes de entrar a la ciudad la policía lo detuvo por ir manejando un auto robado.

¡Qué trabajo pasó para salir de aquel enredo!

Esta vez el profesor cuestionado era yo. La decana me citó a la dirección:

—Quiero que me aclares de qué hablabas en la clase de hoy, pues cuando pase por tu aula escuché algunas frases sueltas que no me parecieron muy adecuadas.

—Si me aclaras es posible que entienda. ¿Qué oíste?

—Bueno, cuando pasé tu decías: “todo el mundo no la tiene del mismo tamaño”. Después dijiste: “miren la mía y compárenla con la de ustedes”. Esas frases me confundieron un poco.

—Si quieres te repito la clase completa y así queda salvado mi prestigio, pues por lo que veo tienes la mente bastante sucia.

Le expliqué que en la clase de metrología, al explicar el fundamento de las unidades de medida, yo busco la motivación en hechos históricos y ambiente la definición de

algunas medidas como el pie y la pulgada con las partes del cuerpo humano que le dan origen. Le dije que por lo general en la antigüedad las longitudes de una propiedad se medían caminando a lo largo del terreno y poniendo un pie a continuación de otro. Incluso hablo de que en la edad media surgió el “pie del rey” como la medida más precisa, por ser de quien era, tanto que un instrumento medidor exacto de longitudes lleva aún este nombre. También referí cómo en Cuba es costumbre medir la pulgada con la falange del dedo gordo de la mano derecha.

—Es posible que tu solo oyeras las frases en las que me refería a la imprecisión de usar ese “instrumento” humano, porque todo el mundo no tiene la falange del mismo largo y por eso pedí que miraran la mía y la compararan con la de ellos. Creo que queda claro que el pervertido sexual no soy yo.

De esa forma el incidente quedó cerrado.

Para muchos el aula es un lugar ubicado dentro de una escuela donde el profesor expone a los alumnos el contenido de una asignatura. Poco a poco fui aprendiendo que aula es mucho más que eso. Sin negar la relación entre alumnos y profesores, no tiene que estar precisamente dentro de un centro docente.

Un aula puede estar en una fábrica, en un hospital, en un campo, o donde quiera que exista la relación entre la instrucción y el aprendizaje.

Repasando mi propia experiencia, estuve en un aula cuando recibí clases en una de las casas de la 30, en Manga Larga, durante un trabajo de fin de curso. También lo fue la oficina del central donde pasé la Zafra del 70 o las secciones de la Fábrica de Fertilizantes de Cienfuegos donde realicé mi tesis de grado.

Ahora yo tenía mis propias aulas. Muchas veces llevé a mis estudiantes a los generadores de vapor de la Planta Piloto Azucarera y a los de la textilera o a las instalaciones propias del central en el que estábamos laborando durante una zafra. En esos lugares podía desarrollar una clase, muchas veces con la ventaja de mostrar el equipamiento real sin tener que apoyarme en láminas, fotos o películas, o en un exceso de improvisación que no siempre cumplía con el objetivo esperado.

No puedo olvidar dos anécdotas que siempre me han perseguido:

En un examen a Juana, en la época de estudiante, el profesor le puso una diapositiva de un equipo industrial y le pidió que explicara el funcionamiento. Ella estudió la foto y preparó su exposición:

—Es un tanque para unir dos o más líquidos hasta obtener una mezcla homogénea...

El profesor pidió disculpas:

—Disculpa, puse la diapositiva al revés.

—Ahh... es una cachucha de una torre de destilación para....

Demostó que conocía todos los conceptos de la asignatura, pero si hubiera estado frente al equipamiento, la explicación hubiera salido mucho mejor.

García intentaba explicar el funcionamiento de una máquina de vapor durante una clase de Termodinámica. Sólo disponía de la pizarra y las correspondientes tizas. Caminó hacia un extremo del estrado, se encorvó buscando una posición adecuada. Levantó los brazos al frente, puso uno más alto que el otro y comenzó a moverlos alternativamente desfasándolos como alrededor de una excéntrica a la vez que marcaba pronunciados pasos, como en una marcha, simultáneamente casi gritaba: Racataplán y cae.

Cuando llegó al final del estrado preguntó:

—¿Entienden cómo es el movimiento?

—Bueno, yo veo como una locomotora, dije algo incrédulo.

—Efectivamente. ¡Así es como funciona una máquina de vapor!

También hubiera sido aconsejable hacer la explicación frente a una máquina de vapor. Se hubiera evitado aquella actuación propia de un Oscar.

Un profesor universitario no puede estar ajeno a la investigación y menos a la defensa de una tesis de doctorado. Yo no iba a marcar la diferencia. Al comenzar a trabajar nos pidieron cooperar para que los más viejos hicieran sus tesis doctorales, unos en Polonia, otros en Alemania y el resto

en la Unión Soviética. Sería una época dura pues debíamos asumir una mayor cantidad de clases para posibilitar la superación de los seleccionados. Después vendría nuestro tiempo.

Pasaron los años, volvieron los doctores, pero las leyes cambiaron, ahora el doctorado era una obligación para los más jóvenes. ¿Y nosotros qué? Casi fue una rebelión. No nos darían tiempo para la superación, pero nosotros sí íbamos a hacer un doctorado.

Protestamos, insistimos y al fin nos permitieron comenzar las gestiones, casi en el plano individual, pero ya había algo a favor nuestro. Desde la época de estudiante estuve participando en investigaciones y en realidad me gustaba. Ahora solo quedaba buscar una opción aceptable, un tema adecuado y acercarse a un grupo de investigación que respaldara la propuesta.

Finalmente, me propusieron un tema relacionado con los procesos de separación usando técnicas especiales, aspecto poco conocido en Cuba y de seguro, por los especialistas azucareros, contrarios a cambiar sus prácticas convencionales. Debía ser aplicado a la industria y así surgió la idea de mejorar los procesos de extracción y purificación del jugo de la caña, sobre todo la filtración de la cachaza.

La mayor experiencia en este sentido la tenían los soviéticos por lo que me prepararon un viaje a Ucrania con la asesoría compartida entre un doctor cubano y un especialista del Instituto de la Alimentación de Kiev. Allí tuve un

entrenamiento acorde con lo que necesitaba y pude conocer nuevas técnicas con la dirección acertada y el equipamiento propio de lo que se estaba investigando.

Al regresar a Cuba me encontré una nueva situación: había que mandar a un profesor a Nicaragua y el más apropiado parece que era yo.

Nunca olvido que al salir de la reunión del departamento docente alguien sentenció:

—Te enviamos a la URSS para hacerte doctor y ahora te mandamos a Nicaragua para que nunca lo logres.

Ese sería mi nuevo reto: salir airoso de ambas misiones.

El vuelo del pichón

El año 1979 marcó un cambio en el rumbo político del continente. En Nicaragua, triunfó la Revolución Sandinista. La colaboración cubana en materia de salud y educación no se hizo esperar.

A Nicaragua marcharon médicos y enfermeros, maestros y profesores. La situación continental era convulsa. Amigos, enemigos, neutrales, todos a la expectativa, cada uno en su posición.

Nosotros, amigos, estábamos prestos a colaborar sin reclamar el precio de nuestra ayuda. En 1986 un grupo de profesores universitarios marchaba de nuevo con el libro en alto. Entre ellos estaba yo, el Pichón.

La terminal aérea de La Habana quedó atrás. Cerca de dos horas en avión nos separaban de nuestro destino. Al menos de la llegada a Managua, pues algunos debíamos trasladarnos a León, ciudad que era conocida por cuna de la Revolución Sandinista, algo así como un Santiago de Cuba nicaragüense. El nombre de la ciudad me hizo recordar la frase popular y pensé ¿será tan fiero como lo pintan?

El avión significaba muchas cosas y no eran las mismas para todos. Para algunos la primera experiencia... la sensación de volar. Para otros un riesgo y un peligro de accidente predicho por muchos y temido por todos. Murmullos, cantos de los más jóvenes que aventajaban en más de veinte años a los más viejos. Algunos asociábamos dos etapas de nuestras vidas a dos misiones concretas, de la 'alfabetización' al 'internacionalismo'. Maestros antes, maestros ahora. Atrás la familia, la tranquilidad de la rutina hogareña, la cola del pan, la educación de los hijos. Ahora todos, de nuevo 'jóvenes' y hacia nuevas montañas.

Todos buscamos un punto de observación, empezaba el aterrizaje, pero las nubes impedían la visión. ¡De Managua nada! ¿Por qué aquel descenso casi en picada? Los oídos querían reventar por el cambio brusco de la presión. Nos llamaban la atención sobre un lago ¿En nuestro descenso le estábamos dando la vuelta a aquel imponente lago?

Aterrizamos. Salimos a la pista. Nunca había sentido un calor tan fuerte. Era insoportable. Ver a los compañeros que nos esperaban refrescó un poco el ambiente, en realidad no sé si aumentó el calor. Aquella situación era indescriptible.

Los saludos, la guagua, el calor, las autopistas de adoquines, una ciudad en ruinas, los nuevos colegas, el lunes ya había que estar dando clases... en fin, Nicaragua. Las molestias del aterrizaje parecían no olvidarse. Los oídos todavía dolían.

Cuando algunas horas después nos dieron el recibimiento oficial 'a la cubana' muchas cosas ni las pude oír. Algunas sí, sobre todo aquella:

—Los aviones cubanos tienen que entrar a Managua a la altura de vuelo, pues a la entrada al continente sobrevuelan un pedazo de Honduras y han amenazado con dispararles. Se creen que nos asustan. ¡Nuestra misión de colaboración en educación no la detiene nadie!

No lo pude evitar. Me pasé con fuerza la mano por el cuello.

Veo: La morriña del vuelo y el insoportable calor me mantenían en un sopor en el ómnibus que nos trasladaba del aeropuerto de Managua a las casas de tránsito antes de marchar al lugar definitivo. El chofer frenó ante el cambio de luz del semáforo y vi como un niño de unos diez años se abalanzaba sobre el auto que teníamos delante y con la agilidad que el momento requería limpió el parabrisas y antes que la luz verde apareciera en lo alto levantó su mano derecha en busca del cobro de un servicio que no le había sido solicitado. Vi aquella mano pequeña en aquel gesto casi imperceptible y mis pensamientos volaron no sé si en el tiempo o en el espacio hacia otra mano similar, pero un poco más blanca.

Pienso: Una mano blanca, pequeña, se extiende hacia el futuro, se le suman muchas manos. Detrás de las manos un mar de pañoletas azules y rojas y muchos niños, niños blancos, niños negros y mestizos, niños todos, alegres, seguros. Niños que extienden sus manos para empuñar el lápiz, la libreta. Muchos niños que comienzan su curso escolar. Mu-

chas manos que no esperan la moneda del pago del servicio que no le había sido solicitado.

Veó: Un volcán a flor de tierra, sin loma, similar a un caldero de harina hirviendo, algo así son “Los Hervideros de San Jacinto”. Lugar único, propio para el turista o para el que va por primera vez. Una gran piedra plana o como ‘dienteperro’, con grandes cavidades en las que hierve la lava y un inmenso olor a azufre y otros compuestos propios del fenómeno. Allí, un niño, sus ojos sin párpados exhibiendo los músculos que le facilitan el movimiento. Su mano extendida hacia nosotros, pidiendo con todo su cuerpo aquella moneda necesaria para completar el dinero y pagar la operación salvadora.

Pienso: Un niño enfermo, un hospital, muchas batas blancas y muchas sonrisas de niños y de médicos, sin miedo a la enfermedad, sin miedo a no tener trabajo y con el afán de tener más recursos y menos enfermedades.

Veó: Un canasta en la cabeza del niño descalzo. Una propuesta repetida a intervalos:

—¡Agua helada! ¡Agua helada!

Pienso: Un niño caminando alegre por su calle, asistiendo a su escuela, trabajando en su huerto escolar, bañándose en su playa.

Veó: Muchos niños inseguros, con hambre, sin escuelas, sin médicos, sin futuro.

Pienso: Un niño seguro, alegre. ¡Mi hijo! Lo veo como quisiera que vivieran todos los niños del mundo.

Nosotros, los latinoamericanos, decimos que hablamos el idioma “español” sin embargo los españoles lo llaman “castellano” haciendo alusión al idioma de la región autónoma que se ha implantado en toda la península. Pero no todos los que hablamos español nos entendemos siempre. Yo viví esta “novatada”.

Llevaba algunos días frente a un auditorio muy parecido al que conocía de Cuba y con aspiraciones similares. Yo les trasmitía mi mensaje en su propio idioma, al menos eso creía.

Durante un receso se me acercó un alumno:

—Profe... ¿a Ud. le gusta la “morronga”?

La miré, no supe si reír o replicar, para mis adentros sí sonreí y rápido riposté:

—¿Y a qué tu llamas “morronga”?

—¿No la ha comido? Se hace con sangre y bien sazónada, se cocina en la tripa del chanco.

Respiré más calmado.

—¡Ah! Eso yo lo conozco como morcilla.

—Mire le trajimos algunas para la merienda. El incidente terminó felizmente.

Escribía en la pizarra el título de la clase.

—Profe... ¿Quiere que le dé un “mamón”?

No pude evitar sonrojarme. Me quedé en blanco. Perdí el hilo de la clase que iba a comenzar. Me volví.

—¿Decía?

—Que si quiere un “mamón”. Y levantó su mano mostrando un mamoncillo, mientras movía el racimo en la otra mano.

—Tenemos preparado todo para la fiesta de recibimiento a ustedes. Las ‘boquitas’ de mango verde y mamón y preparamos además arroz con jícara.

Era difícil de traducir todo el ensarte de cosas que acababa de escuchar. Mejor asentar y esperar.

Con el tiempo y las fiestas fui aprendiendo las frases nuevas y supe que las ‘boquitas’ eran los ‘saladitos’ y el arroz con jícara era un refresco con agua de arroz y extracto de güira.

El acto comenzó como me lo había imaginado. Los melodiosos himnos nacional y del Frente Sandinista llenaron todos los espacios. La exclamación me surgió espontánea y sincera, algo bajo por la solemnidad del momento:

—Me gustan sus himnos.

No sé cómo se oyó el susurro fonético que salió de mi garganta.

—¿Diga?

—Que me gustan sus himnos.

Siguió sin entender. Tuve que cambiar el texto.

—Eso que acabamos de escuchar.

—¡Ah! Ud. decía “*lo’ himnos*”.

La pata metida era mía de nuevo.

—¡Oye!... y a la hora del mediodía se pasa tremendo trabajo para ‘coger’ la guagua.

—Profe... ¿Qué es la “guagua”? Mi respuesta fue ingenua.

—“Guagua” es el transporte colectivo. Creo que ustedes le dicen “bus”. Ahora vi una sonrisa picaresca en su rostro.

—¡No digo yo si va a pasar trabajo!

Después me contaron que por el respeto que inspiraban los primeros días no habían hecho las dos preguntas finales.

—¿Por dónde? ¿Por el tubo de escape?

Tampoco me explicaron que “guagua” le dicen los indígenas a las niñas.

Y así, unas veces en serio y otras en broma fui aprendiendo un nuevo idioma, no en academias ni en escuelas especializadas, sino en el fragor del combate diario en unas calles que comenzaban a ser mías.

—Profe... vine porque ya estoy de nuevo con posibilidades de incorporarme. Su cara estaba pálida y manchada, aún reflejaba el reciente esfuerzo y el regocijo inmenso por la llegada de un hijo. La recordé los primeros días de clase con su “panza” grande y su cara manchada y pensé que yo hubiera querido ver otro rostro detrás de aquella barriga prominente y mi mente recorrió kilómetros, muchos kilómetros y llegó a donde yo también hubiera deseado estar, esperando el hijo que estaba por llegar. Pero yo estaba allí ahora y ella delante de mí, trazando estrategias y recuperando las tareas aplazadas. Para mí no era una situación común

por lo que conocía de Cuba, pero la entendía, ella quería cuidar su hijo sin descuidar su estudio. Quería ayudarla y comenzamos a escribir en nuestras agendas temas y fechas.

A través de la pared de madera que dividía los dos compartimientos volvía a escuchar el mismo comienzo y recorde que yo no era el único profesor de aquella muchacha:

—Profe... vine porque ya estoy de nuevo en condiciones de incorporarme. La respuesta fue tajante, la voz de la mujer no dejó lugar para réplicas:

—Mire joven, yo lo siento, pero si usted parió es su responsabilidad. Ya han pasado todas las oportunidades. Cuide a su hijo. Venga el próximo curso y yo la atenderé como corresponda.

Si tuviera que establecer una diferencia entre León y Santa Clara pocas comparaciones bastarían. El terreno un poco más árido, unos tres grados más de temperatura ambiental, tres veces más iglesias y ya. Bueno, la fisonomía de la gente más cercana al biotipo de los indígenas, pero sin muchas diferencias en el carácter.

Si buscara similitudes bastaría con cambiar a Subtiava por el Condado, o entrar a la oficina de correos, o pasear por el parque grande del centro de la ciudad.

En realidad, al transitar León podía pensar que caminaba por Santa Clara. Al principio me sentí como un bicho raro.

Visitar el parque nos hacía chocar con gente de todo tipo y eso era unas veces agradable, otras no.

¿Por qué nos conocían siempre? No era necesario pronunciar una palabra. No sé si eran las camisas “Yumurí” o la forma de mirar a las mujeres, la cuestión era que no lográbamos escapar nunca.

Era, además, increíble e inconcebible el nivel de desinformación que tenían sobre nosotros.

—¿Ustedes son cubanos?

—¿Es verdad que en Cuba andan desnudos por las calles?

—¿Y a ustedes los dejaron salir de Cuba?

Después me fui acostumbrando, o no sé si fueron los “nicas” los que se acostumbraron a nuestra presencia. Lo cierto es que al ir al parque dejamos de oír aquellas preguntas sin sentido.

Y así, sin darme cuenta, comencé yo mismo a sentirme parte de aquel mundo donde tenía alumnos, amigos y familia.

Aquellas calles me acogieron como si siempre me hubieran visto, yo las transitaba como si siempre hubieran sido mías.

Cada momento sentía que un hombre se unía más a una ciudad. Era yo. Era León.

Epílogo

Los hechos aquí relatados conforman la vida de un cubano sencillo, un guajiroque despertó a la vida en lo intrincado del monte y fue subiendo escalones hasta alcanzar un título de ingeniero y llegar a defender una tesis de Doctor en Ciencias Técnicas. Fue docente universitario y al jubilarse contaba con las categorías de Profesor Titular y Consultante de la Universidad Central “Marta Abreu” de Las Villas.

Soy de la generación de los nacidos en 1948. Cuando triunfó la Revolución solo tenía diez años. Con esa edad era muy difícil haber participado en la insurrección o en la clandestinidad. Creo que viví en mi tiempo y que hice en cada momento lo que debí hacer.

Como es de imaginar, mi primer gran momento de efervescencia fue la participación en la Campaña de Alfabetización.

Siempre me queda como aliciente que fui de los que unió dos etapas en el mundo de la instrucción, la alfabetización, en edad casi infantil, y unos veintisiete años después la misión internacionalista como profesor de una universidad en Nicaragua.

Fueron dos etapas en realidad diferentes y alejadas en el tiempo, pero asumidas con aquel espíritu de Pichón de Ingeniero que siempre me acompañó.

¡Cuántas tareas le quedarían por cumplir a este pichón que siempre estuvo dispuesto a salir adelante, dejando su nido y ahora sí, consciente de que su labor era en el campo de la enseñanza!

Glosario

Bohío: Casa del campesino cubano.

Cocó: Barro blanco usado para cementar los pisos del bohío.

Colgadizo: Portal posterior común a algunas casas de los campesinos.

Chismosa: Lámpara rústica fabricada con un recipiente para el combustible y una mecha para el alumbrado.

Chivatazo: Delación. Se denominaba chivato al informante sin remuneración.

Diente e'perro (diente de perro): Piedra superficial de puntas muy filosas.

Guano: Hoja de la palma usada para cubrir el techo del bohío.

Niche: Negro. Denominación afectiva a personas de la raza negra.

PURS: Partido Unido de la Revolución Socialista. Organización que precedió al Partido Comunista de Cuba.

Rajao: Desertor.

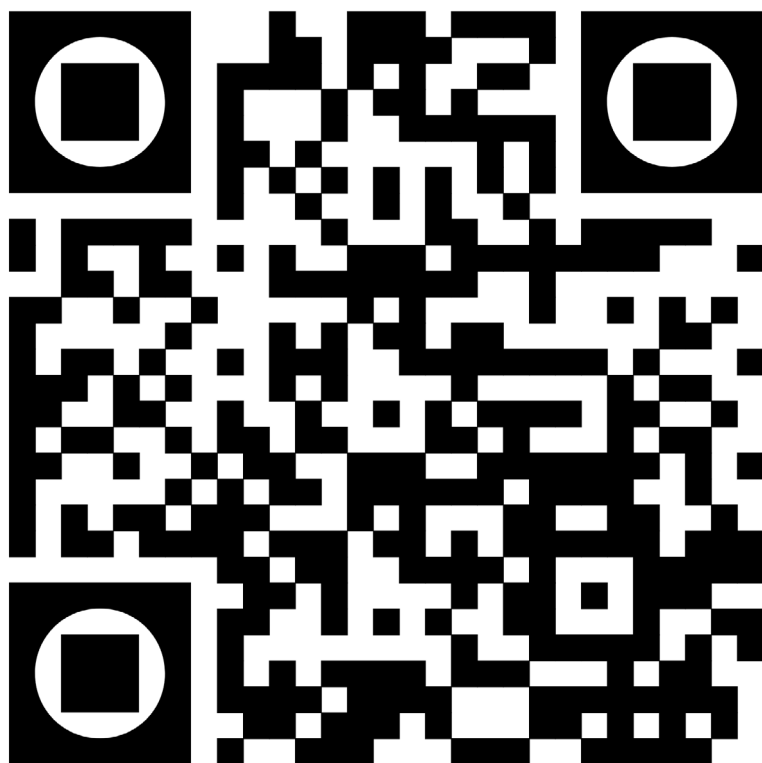
UJC: Unión de Jóvenes Comunistas. Asociación de avanzada de la juventud cubana.

Yagua: Parte de la hoja de la palma que la une al tronco y es usada por los campesinos como material para las paredes de la casa.



Publicación digital de Ediciones Clío.

Maracaibo, Venezuela,
Abril 2024



Mediante este código podrás acceder a nuestro sitio web y visitar nuestro
catálogo de publicaciones

FUNDACIÓN EDICIONES CLÍO

Pichón de Ingeniero es una joya de narrativa testimonial, con un estilo lógico y coherente que captura la atención del lector. El autor, excelente comunicador, revela la veracidad de su historia a través de frases claras y el uso de lenguaje local explicado con gracia. El libro ofrece sabiduría y una variedad de emociones, llevando al lector a través de sucesos y anécdotas interesantes y bien narrados. Con su estilo único, el autor enseña, hace reír y reflexionar, haciendo de esta historia de vida un tesoro para cualquier lector.

Jesús Eligio Castellanos Estupiñán

Ingeniero Químico (1972). Doctor en Ciencias Técnicas (1990). Ha colaborado con universidades de la antigua URSS, Nicaragua, España, México, Venezuela y Ecuador. Jubilado de Profesor Titular y Consultante en la Universidad Central "Marta Abreu" de Las Villas, en Cuba (2014). Tiene cinco libros de su especialidad publicados. En 2022, la Editorial Feijóo publicó su novela testimonial *Pichón de Ingeniero*, presentada en la Feria del Libro del 2023 en Santa Clara. En 2024 la Editorial Feijóo publicó su novela testimonial *Atravesá'o* presentada en la 32 Feria del Libro en Santa Clara. En 2024 Laia Editora (Argentina) publicó su libro de prosa reflexiva *Cubanía sin fronteras*.

